



SS

SERVICIO
SECRETO

FRED GORHAN

CRUCIGRAMAS
SANGRIENTOS



FRED GORHAN

Crucigramas sangrientos

1.ª - EDICIÓN
FEBRERO - 1952

EDITORIAL

Proyecto, S.T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA [6]

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION:

58. — Operación «La Negra». 62. — Secuestros en Nueva York.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en Gráficas Bruguera. Proyecto, 2 - Barcelona

CRUCIGRAMA SANGRIENTO

por
FRED GORHAN



CAPÍTULO PRIMERO

—¿Esta noche?

—Sí.

—¿A las diez en punto?

—A las diez en punto.

—Perfectamente. Así zanjaremos de una vez el asunto. ¡Hasta luego!

—Adiós.

Nick colgó el auricular, y se alisó el brillante cabello, mientras avanzaba los labios en burlona sonrisa. Era un hombre de unos treinta y cinco años, esbelto, de rostro muy atractivo, cuidadoso en el vestir y de una elegancia innata. Poseía toda la apariencia de un refinadísimo *gentleman*. Pero Nick era un granuja de reconocida fama.

Entró en el gabinete. Miriam, su encantadora esposa, terminaba de cambiar el agua al búcaro de flores, que ahora disponía sobre una mesita.

—¿Quién era, Nick?

—Un amigo. Por cierto, esta noche tengo que salir. Supongo que regresaré sobre las doce —se sentó en una butaca y cruzó las piernas—. Y ahora, escúchame, encanto, ¿qué quieres que te regale? Puedes pedir lo que se te antoje.

—¡Nick!

La exclamación no denotaba el menor júbilo, y si sólo una profunda alarma. Miriam, con las manos cruzadas y los ojos muy abiertos, se había inmovilizado frente al esposo, que se echó a reír.

—Sois curiosas las mujeres. Siempre oí decir que los regalos os volvían locas, y ahora, de pronto...

—No es eso, Nick. Tú bien sabes por lo que te lo digo. ¿Has olvidado ya lo que resultó de tu último ofrecimiento? También entonces me dijiste: «Pide lo que quieras». Y después...

—¡Vamos, vamos! ¿Acaso no cumplí lo prometido? Me pediste un anillo de boda, y te lo regalé incluyendo al marido.

—¡Por favor, no te burles! Sabes perfectamente a lo que me refiero, y no quiero...

Se había sentado en las rodillas del esposo, y le hablaba llorosa, con la mejilla pegada a su solapa:

—¡Dime que no es verdad lo que sospecho!

—¡Diablo, pero si mi Molly está llorando! —exclamó el hombre, con jovialidad. La besó en el extremo de la nariz, y prosiguió—: Cuando los ojos se te llenan de lágrimas, no te cambiaría, hermosa mía, ni por la mismísima reina de Saba. ¡Mira! Vamos a hacer un trato, lloras un poquito más y después charlamos. He observado que el llanto constituye para vosotras, las mujeres, un bálsamo prodigioso. Os embellece y os vuelve mucho más comprensivas. Pero procura no mancharme la solapa. ¿O pongo el pañuelo sobre ella?

—¡Eres un canalla! —rió la esposa, a su pesar, estrechándose contra él, mimosamente.

Había conocido a Nick, tres años atrás, en «Lou Walter's», el *cabaret* más popular del barrio latino. Por entonces, toda la ilusión de Miriam se cifraba en brillar con luz propia en las tablas o en los «platós». Poseía una figura espléndida y su rostro, enmarcado en la rubia cabellera, resultaba encantador. Walter le había dado su oportunidad, y ya llevaba quince días en el coro. Ella sabía que aquello solo era el principio, pero no dudaba de que, al final, triunfaría. Veía ya su nombre en los anuncios luminosos de Broadway. Su retrato repetido hasta la saciedad en todas las revistas de espectáculos... Hasta que conoció a Nick. La presencia de aquel hombre tuvo la virtud de aventar de su cabeza todos aquellos sueños de gloria.

La primera noche, Nick se contentó con sonreírle y agitar sus dedos discretamente, a modo de saludo. Bueno, no pudo explicárselo, pero la verdad es que se emocionó profundamente. Jamás pasó por su mente la idea de que pudieran existir en el mundo seres tan irresistibles como Nick. Lo reunía todo: elegancia, distinción y una belleza varonil prestigiada por la indescriptible simpatía que irradiaba aquel rostro de gestos displicentes. Esquivó deliberadamente sus ojos, y concentró toda su atención en el

trabajo. Eso, sí. Una vez terminado el número, en el camerino le faltó tiempo para preguntar quién sería aquel joven tan distinguido que acompañaba a una señora de cierta edad.

Resultó que todas las chicas del coro poseían noticias sobre él. ¿Quién no conocía en los ambientes nocturnos de Nueva York al famoso Nick, «Dedos de Seda»? Por lo visto, sólo una infeliz novata como Miriam podía estar ayuna de tan importante conocimiento.

Según le explicaron, Nick trabajaba a comisión en una importante casa de automóviles, como agente especial de ventas. Algo así. Su especialidad consistía en «colocar» coches a señoras adineradas cuyos encantos físicos hubiesen sufrido las mermas de rigor por el paso inexorable del tiempo. Nick flirteaba con ellas, y con la excusa de probar el coche, las llevaba durante unos cuantos días a los más diversos lugares de diversión, hasta que, al final, a la cliente no le quedaba más remedio que reconocer que el auto que le ofrecía Nick reunía cuantas condiciones estéticas y mecánicas pudiese apetecer el ser más exigente. Firmado el documento de venta, Nick besaba gentilmente la mano de la afortunada compradora, y se pasaba por la caja para cobrar su comisión.

Como es lógico, desde aquel momento cesaban todas las obsequiosidades del personaje, quien, a partir de entonces, concentraba su interés en una nueva cliente no menos madura y no menos adinerada.

Según los rumores, cierta dama de Richmond gozó del alto privilegio de acaparar la atención de Nick durante cerca de dos meses, si bien, en justa contrapartida, la buena señora consintió en adquirir cuántos modelos diferentes de coches se incluían en el lujoso catálogo de la casa donde trabajaba el singular agente. Agotados los modelos, Nick le dio a entender que el negocio terminaba en aquel punto, y la pobre mujer tuvo que regresar a sus posesiones de Virginia escoltada por siete magníficos automóviles y —¡ay!— con el corazón destrozado. Un «record» para Nick, que recibió la felicitación de sus jefes.

—Yo creí —dijo Miriam— que esa señora que le acompaña sería su madre o su tía.

—También podría ser su abuela —le contestaron—, pero la realidad es que se trata del *flirt* automovilístico de turno.

Había otro extremo que intrigaba a Miriam. ¿Por qué le

llamaban «Dedos de Seda»? En este punto, la información ya no era tan del dominio público, si bien bastante conocida. Reta se lo explicó aquella misma noche, de regreso a la pensión, después del trabajo.

Parece ser que antes de su singular empleo, Nick no contaba con oficio ni beneficio digno de mención. En tal situación, el hombre se dio cuenta de que entre el dinero y él mediaba una considerable distancia que convenía salvar, so pena de renunciar a los placeres de esta vida. Llevado de tan sanos propósitos, Nick estudió detenidamente el problema. Y entonces hizo un nuevo descubrimiento: la distancia a salvar no constituía el nudo de la cuestión, sino las endemoniadas puertas de acero que los contumaces coleccionistas de billetes interponían entre éstos y sus ávidas manos. Solución: tenía que adiestrarse en franquear aquellas puertas.

Y a esta loable tarea dedicó sus más encendidos entusiasmos, con resultados tan admirables que, al cabo de los tres años, su fama, salvando las fronteras de los distintos Estados, se había extendido desde el Atlántico hasta el Pacífico. «Dedos de Seda». De esta época databa el calificativo. Por lo visto, su habilidad para abrir las cajas fuertes y las cámaras blindadas, constituían el asombro de todo el mundo, considerando, sobre todo, que la violencia estaba excluida de sus métodos de trabajo. Todo era cuestión de una sensibilidad especial en las yemas de los dedos. Este recurso único y fabuloso, le bastaba para adivinar, a los pocos minutos de tanteo, la combinación de cualquier caja o cámara, por acorazada que fuese. Lo demás, ya era coser y cantar.

Naturalmente, esta difícil facilidad fue bien pronto altamente apreciada por ciertos elementos interesados en que tan relevantes dotes tuviesen la justa aplicación. Y de este modo, Nick pudo prodigar sus asombrosas exhibiciones con éxitos de clamor, a juzgar por las repercusiones que alcanzaron en la prensa de todo el país. Nueva York, Boston, Chicago, Filadelfia, San Francisco... fueron los populosos escenarios de sus hazañas. Y siempre en locales de primer orden: Bancos de sólido prestigio o firmas de solvencia intachable. Lo malo fue que aquella serie de espectaculares actuaciones despertó en la policía la irrefrenable curiosidad de conocer de cerca, personalmente, al famoso «Dedos de Seda». Y, al fin, en una

luctuosa noche de noviembre del 46; cuando Nick iniciaba una de sus brillantes exhibiciones ante un selecto grupo de íntimos — cuatro en total— en «Siegel Taylor», la acreditada casa de Banca de New Haven, la policía irrumpió ruidosa y desconsideradamente en escena, frustrando así el apasionante espectáculo. El hecho tuvo una enorme resonancia y todos los periódicos, sin excepción, pudieron publicar al fin la fotografía del famoso «Dedos, de Seda». Es más, las autoridades policíacas mostraron desde el primer momento, vivo interés por conservar dos retratos del personaje —uno de frente y otro de perfil—, amén de las huellas de sus fabulosos dedos, guardando todo esto en los correspondientes archivos de la Oficina Federal de Washington.

Aquella desaforada publicidad hubiese tal vez encantado a otra persona que no fuese Nick, modesto cómo todos los auténticos artistas, cuando en el año 48 salió de Preston, prisión del Estado de Nueva York, su carrera estaba terminada. No tenía competidores de su altura, y con una nueva demostración de su original arte sólo hubiese conseguido, ahora que la policía tenía sus señas, ingresar por un plazo mayor en otro establecimiento penitenciario, programa que no le seducía en absoluto. Y entonces fue cuando se inició en su nueva profesión, si de tal podía calificarse.

Todas estas noticias no contribuyeron mucho a que Miriam siguiese en la creencia de que aquel hombre que llamara su atención en «Lou Walter's», fuese un auténtico príncipe de leyenda. Es más, la muchacha se forjó el firme propósito de desterrar para siempre de su memoria la imagen de Nick. Pero no contaba con lo imprevisto. Y lo imprevisto fue que Nick se empeñó en que sucediese lo contrario.

A tal efecto, a la noche siguiente volvió a «Lou Walter's», esta vez sin compañía visible y llevando en sus manos dos valiosas orquídeas dentro de una linda caja de celofana. Nick se dedicó a sonreír a Miriam y a mostrarle la cajita con el evidente designio de darle a entender que la había adquirido para ella. Bueno, llegó un momento en que Miriam ya no pudo más. Durante una de las complicadas evoluciones del conjunto, la chica, que se sentía emocionadísima, cometió una pifia garrafal, trastrabilló y cayó en la pista, provocando el natural desconcierto de sus compañeras y la risa de los espectadores.

De vuelta a los camerinos, Walter, preso de una furia demoniaca, la zarandéo desconsideradamente, le dijo unas groserías muy gordas, y, después de arrojarle unos cuantos billetes, expuso su vehemente deseo de que Miriam se fuese, sin pérdida de tiempo, al mismísimo infierno. En justa contrapartida, en cuanto Miriam pisó la acera de Times Square, arañó a Nick, que aguardaba pacientemente, y le estampó en la cabeza la linda cajita de celofana. Esto ocurría a las once y veinte aproximadamente. Tres horas más tarde, sin que jamás pudiese llegar a explicárselo, Miriam se encontraba en el departamento de Nick, sentada junto a él en un sofá y abrazada tiernamente a su cuello.

Desde entonces, vivió con él y para él. No faltaron amigas que le advirtieron que había cometido el error mayor de su vida, porque Nick, pasada la novedad, pronto la abandonaría. Pero en este sentido, Nick jamás la defraudó. Es más, las equívocas relaciones quedaron debidamente legalizadas al año de vivir juntos, y cuando ella le planteó el problema, Nick no dudó en hacerla su esposa.

—¿Qué quieres que te regale? ¡Pide por esa boca! —le dijo Nick aquella tarde.

—Un anillo de esponsales —expuso ella, tanteando el terreno.

—¡Diablo! —exclamó Nick. Meditó durante breves instantes y, al final, se echó a reír—. Está bien, Molly. Te lo regalaré, incluyendo al marido y al inevitable viaje de novios.

Dicho y hecho. Dos días más tarde contraían matrimonio y salían para Tannersville, un paraje encantador de las Catskills Mountains, en donde pensaban gozar de la tardía luna de miel. Lo malo fue que a las cuatro fechas de estar instalados en el lujoso hotel, se presentaron en él dos policías mostrando un interés tan vivo en que Nick les acompañase, que éste no tuvo más remedio que acceder a la amable demanda. Y así acabó el viaje de novios.

El asunto no dejaba de tener cierta gracia, aunque a Miriam, al quedar informada de él, la llenase de un profundo desconsuelo. Según parece, siete días atrás, estando todavía en Nueva York y en su departamento de la calle 12, Nick desplegó un ejemplar de la segunda edición del «New York Herald» que acababan de subirle. Los titulares de primera página informaban del sensacional suceso ocurrido aun no hacía doce horas. Decían así:

«Audaz secuestro de la hija de un conocido financiero. Un falso chofer rapta a Evelyn Duncan, a la salida del “Empire”».

Los hechos resumidos, habían sido los siguientes: La famosa hija del no menos famoso John Duncan había asistido aquella noche, completamente sola, al estreno de «The Live Wire», la última obra del popular dramaturgo P. Sullivan. Terminada la función, a instancias de la interesada, el empleado encargado de este servicio había reclamado por el micrófono la presencia del coche de *Miss Duncan*. A los pocos segundos el auto se detenía ante la puerta del teatro, y *Miss Duncan*, después de despedirse de unos conocidos, subía al vehículo. El portero que le franqueó la portezuela, oyó como le decía al chofer: «A casa, Joe». Y esto era todo.

Pero no había pasado una hora, cuando se descubría la presencia del auténtico Joe en el fondo de un *taxi* abandonado cerca de Bryan Park, con una mordaza en la boca y fuertes ligaduras en brazos y piernas, que le impedían todo movimiento. Según explicó Joe, el chofer de un *taxi* que decía esperar también a que saliesen del teatro unos clientes, le invitó a tomar una copa en un bar de la Octava Avenida. Fueron en el *taxi*, y a la vuelta, otros dos individuos irrumpieron inesperadamente en el vehículo. Le encañonaron con sendas pistolas, y, después de despojarle de la gorra y de la chaqueta, lo maniataron y amordazaron, abandonándole más tarde con el *taxi* en un paraje solitario junto al Bryan Park. Era cuanto tenía que decir.

Como es lógico, se telefoneó inmediatamente a la mansión de los Duncan, desde donde como ya se esperaba, comunicaron que *Miss Evelyn* aun no había vuelto. El asunto aparecía bien claro: uno de aquellos individuos se había hecho pasar, por Joe, llevándose en el coche a *Miss Duncan*. En algún sitio convenido de la ruta debió parar, para que subiesen sus compinches. En aquel instante, Evelyn se daría cuenta del engaño. Pero ya era tarde. Había caído en poder de sus secuestradores quienes, a partir de entonces, dispondrían libremente de ella. Según se anunciaba, la policía se había movilizado y, en aquellos momentos, desplegaba la máxima actividad.

Nick terminó de leer la sensacional noticia, y ya iba a pasar la hoja, cuando una idea genial arrancó de sus labios una exclamación

de alegría. Miriam, al tanto ya de los hechos, se explicaba ahora perfectamente el vivo nervosismo que de súbito hizo presa aquella mañana en el esposo. No quiso darle explicaciones. Terminó de vestirse apresuradamente y se echó a la calle como una exhalación. Tres horas duró su ausencia. ¿Qué ocurrió en este período de tiempo? Veamos...

A las once y media, un distinguido caballero se presentaba en las oficinas de la «Duncan-Mason Inc.», solicitando una urgente entrevista con el poderoso financiero.

—No está —le contestaron—. A *Mr. Duncan* le ha ocurrido una terrible desgracia, y no creemos que hoy venga por aquí.

—¿Y dónde podría encontrarlo?

—Tal vez en su residencia de Riverside Drive. Pero será inútil. No le recibirá.

Media hora más tarde, el distinguido caballero formulaba idéntica demanda al mayordomo de una de las más lujosas mansiones de Riverside Park.

—El señor no está visible —le atajó el fámulo.

—Pásele esta nota, y verá cómo me recibe enseguida —le dijo el desconocido, entregándole un pequeño sobre.

—No le recibirá —aseguró, con gravedad, su oyente.

—Usted haga lo que le indico. Se trata de algo que a su señor le interesa extraordinariamente. Aquí le aguardo.

El criado esbozó un gesto de incredulidad, pero al final se decidió a complimentar el deseo del visitante. Minutos más tarde, reaparecía el mayordomo, caminando mucho más aprisa que marchara.

—Pase, señor. *Mr. Duncan* le aguarda con impaciencia.

Cuando penetró en su gabinete particular, John Duncan, el conocido financiero neoyorquino, ofrecía un lastimoso aspecto con sus escasos pelos revueltos y las profundas ojeras acentuadas por una noche de insomnio. Vestía descuidadamente un corto batín de seda, y calzaba zapatillas. En aquellos instantes, su anterior decaimiento había dado paso a un vivo nervosismo.

—¿Es verdad que me trae noticias de mi hija? —espetó al visitante apenas traspasó éste el umbral, mostrándole el papel que le acababa de entregar el mayordomo.

—Así es. Pero cálmese, *Mr. Duncan*. Está usted muy alterado.

—¡Disculpe! ¡Ha sido un golpe tan terrible! Considere que se trata de mi única hija, que... ¡Esos canallas me las pagarán! Pero siéntese por favor, y dígame lo que sepa. Si su información contribuye a que yo recupere a mi hija, mi agradecimiento hacia usted será muy grande. Y todo el mundo sabe que el viejo Duncan sabe agradecer muy bien los favores.

—En este caso no se trata de hacerle un favor —expuso el desconocido con desenvoltura, ocupando una butaca frente al atribulado *Mr. Duncan*, que se había dejado caer en un sofá—, sino de proponerle un negocio.

—¿Quéee...? —interrogó el financiero, en el colmo del estupor.

—Lo que oye. Por eso me gustaría que considerase el problema que le vengo a plantear, con la mayor frialdad posible, sin dejarse llevar de los nervios.

—¡Oiga! —le interrumpió, furiosamente, el dueño de la casa—. ¿Pero de qué diablos me habla? La nota dice que su visita tenía por objeto darme noticias de mi hija, y ahora...

—¡Cálmese, le repito! Mi nota decía eso, y a eso exclusivamente vengo. Sé dónde está su hija, quiénes son sus secuestradores y lo qué piensan hacer con ella. ¡Ya ve si mi información es completa! Se preguntará usted cómo es posible que esté al tanto de tan preciosos detalles. Lo comprenderá inmediatamente cuando le diga que yo soy, precisamente, uno de los que anoche la secuestraron.

—¿Qué usted...? —indagó John Duncan, sin querer dar crédito a sus oídos.

—¡Exacto! Mi presencia aquí sólo tiene por objeto fijar las condiciones para que usted pueda recuperar a su hija sana y salva. De no llegar a un acuerdo lo lamentaría por ella... y por mí. Considere la cuestión fríamente, *Mr. Duncan*. En estos momentos, yo me encuentro en sus manos. Usted puede entregarme ahora mismo a la policía, en la seguridad de que mis días acabarían en la silla eléctrica. Ahora bien, en este caso, despídase de su hija para siempre. Tampoco ella tendrá buen fin. Por el contrario, si usted no intenta hacerme el menor daño y acepta las condiciones que ahora le expondré, hoy mismo su hija volverá a pisar esta casa, tan intacta como anoche salió de ella. ¿Qué me responde?

—¡Canalla! —masculló sordamente el aludido, clavándole los ojos.

—Un desahogo legítimo. Ya lo comprendo —sonrió el visitante, sin perder un átomo de su imperturbable serenidad—. Pero ésa no es la respuesta que espero, Míster Duncan.

El financiero resopló como un toro furioso. Después, trató de recobrar la calma.

—¿Qué condiciones son ésas?

—Muy sencillas. En primer lugar, el rescate que solicitamos de usted asciende a la módica suma de treinta mil dólares. Ya ve que no somos ambiciosos. Ahora bien, dicha cantidad deberá entregármela a mí esta misma mañana y en billetes que me ofrezcan la plena seguridad de no estar marcados o con la numeración previamente registrada. Usted ya debe figurarse la quiebra que tiene este negocio. Se entregan unos billetes cuya serie y números se han anotado previamente, y, tarde o temprano, los secuestradores caen en el cepo. Por eso nosotros intentamos renovar los viejos métodos, y por eso estoy yo aquí, amparado, claro está, con la garantía que para mi integridad personal supone que *Miss Evelyn* se encuentre a merced de mis socios: para soslayar el enojoso inconveniente. A tal fin, si no dispone otra cosa —y no se lo aconsejo, pensando en su hija—, usted se viste ahora mismo, pide el coche, vamos los dos al Banco que mejor le parezca y allí me entrega un cheque por la cantidad indicada que cobraré yo, sin que en el curso de todas estas operaciones usted se separe de mí un solo momento. Una vez fuera del Banco, cada uno se va por su lado y esta misma tarde tiene usted aquí a su hija Evelyn. Y esto es todo cuanto tenía que comunicarle, *Mr. Duncan* —terminó el visitante, con una sonrisa.

El financiero guardó un hosco silencio. Se veía cogido entre la espada y la pared, y se esforzaba por dominar su ira. Al fin, habló:

—¿Qué garantías pueden ofrecerme de que, después de entregado el dinero, no intentarán ustedes prolongar el juego, haciéndome víctima de una nueva... petición?

—¡Eso es absurdo, *Mr. Duncan*! Como usted debe saber muy bien, todos los negocios tienen su técnica, y este de los secuestros impone, como regla elemental, que el peligroso juego se prolongue lo menos posible. Somos nosotros los primeros interesados en ello. Por otra parte, de querer más dinero, ahora precisamente sería la ocasión y el momento oportunos.

—¿Y cómo puedo estar seguro de que, una vez cancelado el asunto, pondrán ustedes a mi hija en libertad?

—Porque se lo digo yo, y porque es lo lógico. Pero creo que estamos perdiendo el tiempo, *Mr. Duncan*. Son más de las doce, y a la una cierran los Bancos.

—¡Está bien! —exclamó con sequedad, mientras se ponía en pie—. Aguarde aquí, que voy a vestirme.

—¡Perdón! Pero tendré que acompañarle al dormitorio... Ya le dije que no pensaba perderlo de vista.

John Duncan consideró a su interlocutor con una franca mirada de odio, y, sin despegar los labios, le dio la espalda para dirigirse a la adjunta alcoba, escoltado por el visitante que no parecía sentirse muy afectado.

Media hora más tarde, los dos personajes descendían de un coche frente a la Banca Belmont, de Nassau St. Penetraron en el edificio, y a los diez minutos salían de nuevo a la calle. Allí mismo se despidieron.

—Creo que he cumplido fielmente lo acordado —dijo John Duncan—. Espero que ustedes cumplan también.

—Descuide. Esta tarde la tendrá usted en su casa, sin falta. ¡Encantado de conocerle personalmente, *Míster Duncan*!

El financiero le volvió groseramente las espaldas, y, sin abrir la boca, ascendió al auto que arrancó para perderse muy pronto de vista.

En cuanto Nick, que no era otro el desconocido, lo vio desaparecer, subió a un *taxi*, y a la una y cuarto pisaba de nuevo su hogar. Y entonces fue cuando le hizo a Miriam la famosa pregunta, cuya respuesta motivó la boda y el frustrado viaje a las Catskills Mountains.

Huelga decir que Nick no había intervenido para nada en el rapto de la hija del financiero, ni mantenía la menor relación con los ignorados autores del hecho. Nick se había limitado a actuar de francotirador, aprovechándose genialmente de la singular coyuntura que le permitió alzarse con treinta mil dólares a costa de los infelices secuestradores que, de esta forma, se vieron defraudados en sus intereses después de correr con todos los riesgos.

Por desgracia, en esta ocasión, a Nick no le acompañó la suerte. El mismo día que los recién casados llegaban a Tannersville, la

policía conseguía librar a Evelyn Duncan de las garras de sus raptos, deteniendo a uno de éstos. Y entonces, por las manifestaciones del detenido, se descubrió el pastel, poniéndose en evidencia que John Duncan había sido víctima de un astuto estafador. De todas formas, la captura del ingenioso delincuente no hubiese sido empresa fácil de tratarse de otro personaje. Pero Nick era demasiado conocido. Cuando *Mr. Duncan* lo describió como un hombre de exquisitos modales con todo el aspecto de un arrogante y perfecto caballero, las autoridades ya se sospecharon quién podría ser, y sus recelos tuvieron plena confirmación al mostrar al financiero una fotografía del famoso «Dedos de Seda».

—¡Éste es el canalla! —exclamó aquél, sin el menor titubeo.

Cuatro fechas más tarde, Nick caía en poder de la policía para ingresar por segunda vez en Preston, en cuyo establecimiento penitenciario estuvo recluido por espacio de catorce meses.

Por eso, ahora, al oír de boca del esposo el mismo ofrecimiento que le hiciera dos años atrás, Miriam, que se acordaba de sus angustias y sufrimientos de entonces, se sintió profundamente alarmada.

—No, no, Nick —repetía—. Te aseguro que no lo resistiría otra vez. ¿Verdad que no harás nada?

—¡Cálmate, preciosa mía! —exhortó el hombre, besándole los párpados húmedos de lágrimas—. Te garantizo que en esta ocasión no se trata de nada parecido a aquello, sino de algo que no ofrece el menor riesgo y que, al mismo tiempo, nos servirá para estabilizar definitivamente nuestras vidas. ¡Estoy harto de lidiar a todas horas con viejas maniáticas! Además, no olvides que tu Nick se hace viejo, y que sus encantos físicos se marchitan. ¿Qué sucederá el día que tu Nick pierda su fuerza persuasiva y no logre convencer a una de esas estantiguas de que los coches «*Dart*» son los mejores del mundo? No quiero pensarlo. Por fortuna, la desagradable coyuntura no se presentará jamás, porque tu Nick será rico y podrá enviar al infierno a todas esas malditas brujas. ¡Ah! Y proporcionar a su encantadora mujercita la vida regalada que ella se merece. ¿Qué tal?

—No, no. Tengo miedo.

—¡Tonterías! Te repito que no corro el más mínimo riesgo. He descubierto el sucio juego de unos granujas de mucha monta, y voy

a cotizar muy bien mi precioso silencio. Ellos nada pueden hacerme. Los tengo en mis manos. De modo que te lo repito, ¿qué quieres que te regale para celebrar el fausto acontecimiento?

—Nada, Nick. Sólo tú me interesas. Bien lo sabes.

—Entonces, ¿no te agradecería llevar sobre tus hombros aquel hermoso abrigo de visón que viste el otro día en «Macy»?

—¡Nick! Pero si vale...

—Ya lo sé: cinco mil dólares. ¿Y qué es eso? Una minucia al lado de los cien mil que pronto tendré en mis manos.

—¡Nick! ¡Nick!

El miedo de Miriam se había transformado en pánico, y ahora protestaba presa del más vivo nervosismo, tratando de convencer al esposo de que renunciase a la peligrosa aventura. Pero no logró su propósito. Nick no parecía albergar la menor duda sobre el franco éxito de la empresa que, por otra parte, en contra de la opinión de Miriam, no tenía nada de arriesgada.

Era tal la seguridad con que hablaba el hombre, que su mujer comprendió que nada le haría desistir ya del plan que se había trazado. Entonces, buscando la tranquilidad de ánimo que en aquel momento ansiaba, Miriam le apremió:

—Dime, por lo menos, de qué se trata.

—Muy sencillo, tu astuto marido ha sabido resolver los crucigramas que diariamente publica el «New York Evening Post».

—¡Por lo que más quieras, no te burles de mí! —exclamó Miriam.

—¡Pero si te lo digo completamente en serio, tonta! Desde que vivimos juntos, ¿me has sorprendido alguna vez dedicado a tan estúpidos pasatiempos fuera de estos últimos días?

Miriam tuvo que reconocer que, hasta entonces, jamás su esposo se había dedicado al vano deporte de resolver problemas de palabras cruzadas.

—Cuando en días pasados —continuó Nick— me sorprendiste con varios números atrasados del «Evening Post» y un lápiz en la mano y me preguntaste lo qué hacía, ¿qué te respondí yo?

—Que buscabas un tesoro. Pero creí que bromeabas.

—Pues hablaba completamente en serio. Buscaba un tesoro que se escondía muy bien en los crucigramas, y, al fin, lo encontré.

—Acabarás por volverme loca —aseguró Miriam, agitando la

cabeza con desesperación—. Todo eso que me dices es un puro disparate.

—Dentro de pocas horas, saldrás de tu error. ¿Has visto alguna vez reunidos cincuenta mil dólares?

—No.

—Pues esta noche, cuando regrese, los verás. Es la mitad del tesoro. La otra mitad, iré a recogerla dentro de un mes.

—Tengo mucho miedo, Nick. El corazón me dice...

—Veamos lo que dice ese chismoso —propuso jovialmente el hombre, aplicando el oído al pecho de la esposa que chilló, presa de las irresistibles cosquillas que los dedos de Nick provocaban en su cintura.

CAPÍTULO II

—¡Mat! ¡Mat!

El durmiente se agitó en el lecho y, gruñendo, se volvió del otro lado, pero la muchacha tornó a agitarlo por el hombro.

—¿No me oyes, Mat? ¡Despierta!

Por fin abrió los ojos y vio a su hermana que, envuelta en un salto de cama, se inclinaba sobre él, asustada.

—¿Qué pasa? Estaba soñando con Dolly y... no te lo perdono.

—¡Déjate de bromas! ¿No has oído un chillido desgarrador?

—¿Un chillido?

—Sí. Era de mujer. Yo estaba dormida, y, de pronto, alguien ha gritado en el departamento de al lado, despertándome. Te aseguro que se me puso la carne de gallina. Parecía como si estuviesen matando a alguien.

—¿Y no lo habrás soñado?

—No, no. Estoy segura.

—¿Quién vive en ese departamento?

—Los señores Forrest, un matrimonio muy simpático. Debió de ser ella, la mujer. ¡Dios mío! ¿Qué le habrá ocurrido?

—Probablemente, se habrá cruzado con un ratón en el pasillo. Algo así.

—No, no, estoy segura. Gritaba como sí... ¿Qué haces que no te levantas?

—Bueno, verás la gracia que a los señores Forrest les va a hacer que llamemos a su puerta a esta hora. ¿Supongo que también habrás despertado a papá y a mamá?

—No, no. Vine directamente a tu cuarto.

Mathew Allerton se puso la bata de paño sobre el pijama, y metió los pies en las zapatillas.

Cuando salió al amplio corredor, seguido de su hermana Kate, sobrevino el apagón de la línea automática que daba luz a las

escaleras y corredores del edificio. Pulsó el botón y cuando se hizo de nuevo la claridad, se volvió hacia Kate.

—¿Qué departamento es?

—Ése, el de la derecha.

Avanzó hacia la puerta, y ya iba a tocar el timbre, cuando se dio cuenta de que la hoja sólo estaba entornada, sin cerrar. Empujó, y la puerta se abrió en silencio.

—¡No entres, Mat! —exclamó su hermana, que se sentía impresionadísima—. Puede estar dentro todavía...

—¡Cállate! —le ordenó el hermano, cuyo rostro había cobrado una repentina expresión de gravedad—. Tú aguarda ahí.

Dentro del piso no se percibía el menor rumor, y la obscuridad era completa. Localizó el conmutador y encendió la lámpara del vestíbulo. Después, apartó una cortina de damasco, y se aventuró por el pasillo. La primera puerta a la derecha, daba al *living* y aparecía abierta. La estancia, que guardaba el más riguroso orden, comunicaba con otra, una especie de despacho. Aquí ya se observaba algo anormal. Un secreter presentaba señales de haber sido abierto precipitadamente. Se veían papeles amontonados desordenadamente, y algunos de éstos en el suelo. Por otra puerta tornó a salir al pasillo y entonces traspasó el umbral de otro cuarto que se abría en el lado izquierdo. Guiándose por la claridad que venía del corredor, pudo al fin localizar la llave de la luz. El espectáculo le inmovilizó por breves segundos. Tendida de bruces sobre el lecho del confortable dormitorio, aparecía una dama de rubia cabellera, envuelta en un salto de cama. Los pies sobresalían del borde del lecho. Uno de ellos se veía calzado con una de las chinelas, mientras que la otra se había deslizado del derecho, que se ofrecía desnudo.

La completa inmovilidad de la mujer, unida a las anómalas circunstancias anteriores, impresionaron a Mat, que se barruntó algo terrible. No se engañaba. Avanzó hasta el borde del lecho, y se percató de que en la espalda, a media altura, destacaba una extensa mancha sobre la seda celeste. Era sangre no coagulada todavía, fresca. Mat tiró de la sábana, que dobló repetidamente de cualquier manera, aplicándola después a la herida para intentar detener la hemorragia. Luego dio la vuelta a la mujer, poniéndola de espaldas, para ver si todavía vivía. En efecto, respiraba. En aquel preciso

instante percibió un grito ahogado, y giró la cabeza. Era su hermana.

—Sal al pasillo y en la habitación de enfrente verás un teléfono. Llama a un médico enseguida. ¡No te quedes ahí parada, Kate!

—¡Pobre señora Forrest! ¿Vive?

—Sí. Date prisa.

—Avisaré al doctor Smith. Vive en la casa.

—Perfectamente, pero no pierdas más tiempo.

Cuando desapareció su hermana, Mat se inclinó sobre la herida. Respiraba afanosamente y mantenía los ojos cerrados. De pronto, los abrió.

—¡Nick! ¡Nick!

—Soy un vecino suyo, señora Forrest. Mi hermana la oyó gritar y... ¿qué ha pasado?

—Entraron dos hombres... yo dormía... Creí que era Nick, que ya estaba de vuelta, pero no... Me hicieron levantar... Venían por unos periódicos. Eso dijeron... Yo los llevé al despacho y allí estuvieron registrando. ¡Oh, Dios mío! ¡Nick! ¡Nick!

La herida había vuelto a cerrar los ojos y se lamentaba ahogadamente. Mat cogió la botella de agua de la mesilla y humedeció su pañuelo, qué aplicó a las sienes de la mujer.

—¡Vamos, señora Forrest! ¿Cómo entraron esos hombres? ¿Estaba la puerta abierta?

—No. Abrieron con la llave que llevaba mi esposo. Yo la vi.

—¿Había salido su marido?

—Sí... ¡Le ha debido ocurrir algo! —sollozó—. Ellos dijeron que sólo querían los periódicos, pero después del registro...

—¿Qué periódicos? ¿Y para qué?

—El «*Evening Post*»... los crucigramas, los crucigramas del «*Evening Post*»... Allí había un tesoro... Eso decía Nick. Dijo que esta noche traería la mitad... cincuenta mil dólares. Por eso salió... pero yo no quería... ¡Nick! ¡Nick!

Tuvo un golpe de tos, y escupió sangre. Después le sobrevino una incontenible hemorragia, y perdió el sentido.

Cuando un minuto más tarde penetraba en el dormitorio el doctor Smith, que habitaba en la primera planta, seguido de Kate, la señora Forrest ya había fallecido. Así lo confirmó el médico.

—La han apuñalado por la espalda y salieron creyéndola muerta

—explicó, después de que Mat le puso en antecedentes—. Al hablar, debió sobrevenir un súbito desgarro del pulmón.

—¿Y el puñal?

—Se lo llevarían, pero la señal es inequívoca.

—Aguarde aquí, doctor. Voy a telefonar a la policía.

Mat atravesó el pasillo y penetró en la especie de despacho que se abría frente al dormitorio. Su hermana le siguió los pasos, con el susto retratado en el semblante.

—¡Qué desgracia, Dios mío! —exclamó.

Entonces, el hermano pareció percatarse de su presencia, y se dirigió a ella con las cejas fruncidas.

—Vete a casa, Kate. Aquí ya no haces nada.

—Pero...

—No me repliques. Va a venir la policía y estorbas.

Ella cogió por un brazo y la llevó hasta la puerta del piso, abandonándola en el corredor. Después volvió a entrar, echando ahora el pestillo. Atravesó el *living*, y se dirigió nuevamente al despacho. Su rostro, que reflejaba una honda preocupación, se ofrecía hosco, grave. Miró el secreter. Tenía la persiana alzada y los cajones abiertos. Un revoltijo de papeles. Curioseó, sin encontrar nada que llamase especialmente su atención. A continuación, se dirigió al teléfono, descolgando el auricular y marcando nerviosamente un número.

—Central de policía —oyó decir.

—Póngame con «Homicidios». Haga el favor... ¡Oiga! Le habla Mathew Allerton, del F. B. I.

—Aquí, el teniente Lester. ¡Dígame!

—Se ha cometido un asesinato en el departamento contiguo al que ocupa mi familia, en casa de un tal Nick Forrest.

—¡Eh! —exclamó, con notoria sorpresa, su oyente—. ¿Tanto le impresiona la noticia? Yo creí que ustedes ya estaban acostumbrados.

—Generalmente, sí, pero ahora se trata de otra cosa. ¿Ha dicho Nick Forrest?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Pues que ése es el famoso «Dedos de Seda». ¿Le ha ocurrido algo?

—No sé. La víctima es su esposa. Está muerta. Él no se encontraba en la casa. Le daré las señas.

—No hace falta. Nos las sabemos de memoria: calle Doce, 320 East. ¿Acierto?

—Así es.

—Muy bien. Dentro de unos minutos estaremos ahí. ¡Hasta ahora!

Mathew Allerton depositó el auricular en la horquilla, y se inmovilizó aspirando el aire con lentitud. Después, se pasó la mano por la frente. Daba señas de sentirse hondamente preocupado, y, sin duda, trataba de serenarse.

El reloj dispuesto sobre una pequeña librería encristalada, señalaba las dos y cuarto de la madrugada. Curioseó de nuevo en el secreter sin encontrar, por lo visto, lo que buscaba, porque hizo un gesto de contrariedad. A continuación, recorrió con mirada circular la estancia. Le llamó la atención una puerta corredera frente a él. La franqueó. Se trataba del ropero de Nick. Los trajes aparecían colgados ordenadamente en las perchas. Seis en total. Se puso a registrar los bolsillos. Aquello, desde luego, era una tontería. Así lo juzgaba. Pero de pronto, en el bolsillo superior del chaleco de uno de los trajes, sus dedos tropezaron con un papel cuidadosamente plegado. Lo desdobló. Se trataba de un pequeño recorte de periódico. Un crucigrama. Dentro de él iba un trozo de papel blanco, con unos números manuscritos.

En aquel instante, sonó el timbre de la puerta. Mat se guardó apresuradamente ambos papeles, y cerró el ropero. El corazón le latía con violencia.

Mat cerró los ojos, deslumbrado por el flogonazo del reflector.

—¿Alguna otra, teniente?

—No. Ya está bien. ¿Ha encontrado algo, sargento?

El aludido, un tipo corpulento con cara de pocos amigos, denegó con la cabeza. Se paró en el umbral, procedente del despacho, y añadió:

—Rollins está tratando de revelar alguna huella en el escritorio.

—Probablemente, fue la misma víctima la que, obligada por los asesinos, abrió el secreter.

—Así opino yo, teniente —intervino Mat—. Según me dijeron, los asesinos entraron con la llave del marido. Ella la vio. Es

indudable que la obligaron a levantarse. Se puso el salto de cama, y se calzó las zapatillas. Una vez en el despacho, abrió el secreter y los dos tipos cogieron lo que venían a buscar. Después, volvieron aquí y al agredirla, ella gritó.

—¿Y qué diablos buscarían?

—Tal vez dinero.

—No. Vea esos pendientes y esas dos sortijas sobre la mesilla. Valen sus buenos dólares. Y se las dejaron. Además, ¿por qué la asesinaron? Pudieron simplemente amordazarla. No, no eran ladrones —aseguró el teniente, que fijó sus ojos en Mat, para preguntarle—: ¿Qué hace usted en Nueva York, Allerton? Bueno, si no soy indiscreto.

—No, no. Hace cinco días que salí de Washington con un mes de permiso. Vine a casarme y me instalé con mis padres, que ocupan el departamento de al lado.

—¡Ya! ¿No sabía que su vecino era el famoso «Dedos de Seda»?

—No. En realidad, era la primera vez que venía a esta casa. Mis padres vivían en Richmond, y sólo hace tres meses que se han trasladado a Nueva York.

—¡Oiga, teniente! —dijo en aquel instante el agente Rollins, penetrando en el dormitorio—. He conseguido revelar algunas huellas dactilares recientes en el escritorio, y otras distintas en el picaporte de una puerta que da a un armario ropero.

—Esas últimas deben de ser mías —informó Mat—. Después de telefonar estuve recorriendo la casa y abrí esa puerta, creyendo que se trataría de otra habitación. Puede comprobarlo —terminó, alargando su mano.

Rollins le tomó la marca de los dedos y volvió a salir de la alcoba. Entretanto, el teniente conversaba con el forense que había terminado de reconocer el cadáver.

—Cuando gritó —decía el facultativo— debió darse cuenta de que la iban a apuñalar. Tal vez por el espejo del tocador o del armario. La herida interesa probablemente la aorta, y, con seguridad, el pulmón izquierdo. La hoja del arma debía de ser bastante larga. Es todo lo que puedo decirles hasta que se le haga la autopsia, aparte de que la muerte debió producirse en efecto, hacia la hora en que se oyó el chillido.

—Está bien, doctor Bonson. Cuando arribe la furgoneta,

llevaremos el cadáver al depósito del Bellevac.

—Perfectamente.

Marchó el forense, y, a continuación, Mat dijo al teniente que se retiraba por unos momentos a su casa, para vestirse.

—No hace falta, Allerton —respondió Lester, sonriendo—. Usted está de vacaciones, y, además, el asunto nos corresponde de lleno a nosotros.

—Ya lo sé. Pero como de todas formas no creo que me vaya a dormir ya, me gustaría... Eso si no consideran que puedo servirles de estorbo.

—En absoluto. ¡Encantado de su colaboración, Allerton!

A la puerta del piso, dos policías guardaban la entrada. Los vecinos, al tanto ya de lo ocurrido, formaban en el corredor pequeños grupos, envueltos en batas y otros atuendos caseros, para cambiar las impresiones de rigor.

En cuanto divisaron a Mat, Kate y sus padres se abalanzaron a él, con el afán de inquirir noticias.

—Sé tanto como vosotros —les dijo—. Que la han matado y nada más.

Una vez a solas en su cuarto, se despojó de la bata y del pijama, vistiéndose a continuación con toda rapidez sin preocuparse de pasar por el lavabo.

Sacó del bolsillo de la bata lo que encontrara en el chaleco de Nick, y volvió a desdoblar los papeles. El manuscrito se reducía a una pequeña hoja de bloc arrancada por la línea del taladro. Dispuestos en dos columnas, alguien había escrito con tinta azul treinta y cinco números, cuyas cifras variaban de una a tres. Nada más. En cuanto al crucigrama, constaba de once columnas verticales por otras tantas horizontales, y aparecía resuelto con las versales escritas también en tinta azul, llenando todas las casillas.

Contempló ambos papeles con atención. Después, volvió a doblarlos cuidadosamente, y los guardó en su cartera.

Al penetrar de nuevo en el departamento de la víctima. Lester se disponía a marchar, y daba las últimas instrucciones al sargento.

—... y ya lo sabe, Dan. En cuanto Rollins termine su trabajo y ustedes los interrogatorios, precintan el piso.

—Sí, teniente.

—¿Pasa algo? —preguntó Mat.

—Pues que me marchó, Allerton. El «negocio» se complica. Parece que «Dedos de Seda» ha tenido el mismo fin que su mujer. Me acaban de telefonar de la central diciéndome que unos patrulleros acaban de encontrar al Sur del Prospect Park, en Brooklyn, el cadáver de un hombre apuñalado. No llevaba nada encima, pero por las señas debe de ser él. A mí no me extrañaría nada.

—Ni a mí tampoco, teniente. Los asesinos entraron en esta casa con su llave. Lo debieron liquidar antes de venir aquí, a matar a su esposa. ¿Me deja que le acompañe?

—Desde luego. Si ése es su deseo... —sonrió Lester, mirando a Mat con cierta atención.

Minutos más tarde, ambos subían a un coche que partía a toda velocidad, haciendo sonar la sirena, para desaparecer al doblar por la Segunda Avenida.

CAPÍTULO III

Durante el trayecto, Lester se mostró poco comunicativo, Mathew Allerton, sin soltar prenda, trató de hacerle hablar. Entonces fue cuando el teniente recordó el viejo episodio de la estafa que Nick hiciera a John Duncan, con motivo del secuestro de su hija.

—En aquella ocasión —informó Lester—. *Mr. Duncan*, sin negarse a la propuesta de los auténticos secuestradores, nos puso en antecedentes del asunto, creyendo que se trataba de una segunda petición de dinero. Gracias a esta circunstancia, pudimos echar el guante a uno de los tipos y libertar a la muchacha.

—Tal vez lo de ahora sea una venganza de esos individuos por haberles frustrado entonces Nick el negocio, con su intervención —apuntó Mat.

—No creo —dudó su oyente—. ¿Ha olvidado, acaso, el registro que han llevado a cabo en el escritorio? Buscaban algo que no era dinero. Ése debe ser el móvil.

—¿Y no ha pensado que quizá con el registro sólo pretendían despistar a la justicia?

—Su idea no pasa de ser una teoría. Es posible —admitió Lester, sin el menor entusiasmo.

Al desembocar en la Parkway, ya se dieron cuenta del lugar donde se había hecho el descubrimiento. La solitaria avenida se ofrecía escasamente iluminada, con el alumbrado a media fuerza, pero en su mitad el bullicio era evidente, y los faros de los coches de la policía concentraban sus conos de luz en el trozo del paseo destinado a los ciclistas.

Descendieron del coche, y nada más pisar tierra, los periodistas se les abalanzaron como lobos.

—¡Oiga, teniente! No nos dejan tirar ninguna foto. ¿Es esto la libre América, o un país dentro del telón de acero? Servimos a la

opinión, que es quien manda. ¡Digo yo!

—¡Calma, muchachos! Ya dispararán las máquinas en el momento oportuno. Ahora tenemos que trabajar primero nosotros. ¡Hola, Pat! ¿Se ha identificado el cadáver? —interrogó, dirigiéndose a un agente que avanzaba a su encuentro.

—Está más identificado que mi abuela —voceó Cumming, del «Daily Telegraph»—. Es «Dedos de Seda». ¡Lástima de tipo! Mañana todas las viejas ricas de los cuarenta y nueve Estados, llorarán a moco tendido la muerte de su ídolo.



— ¡Está más indentificado que mi abuela! ¡Se trata de «Dedos de Seda»!

Salvado el cordón de patrulleros, penetraron en la iluminada pista de arena. El forense se incorporaba en aquel instante.

—Lo mataron a traición, apuñalándolo por dos veces en la espalda.

—¿Sobre qué hora?

—Entre once y doce, calculo. La posición parece indicar que no cayó aquí por sí mismo, sino que le dejaron caer.

—Eso ya está comprobado, doctor —intervino un nuevo personaje, quien seguidamente se dirigió al teniente—. De once a doce, el tránsito de esta avenida es todavía bastante intenso, y, además, el alumbrado luce con toda intensidad. Es casi imposible que lo asesinaran aquí en esa hora, sin que nadie se hubiese dado cuenta. Seguramente lo liquidaron en otro sitio, y, después, trajeron en un coche el cadáver, que abandonaron aquí. Por otra parte, se observan gotas de sangre, que vienen del bordillo de la acera. Entre una y media y dos, disminuye la circulación hasta casi desaparecer, y las farolas del alumbrado quedan a media fuerza. A esa hora debieron traer el cadáver.

—Y el arma, ¿se encontró?

—No, teniente. Los asesinos se quedarían con ella, lo mismo que con todos los objetos que el muerto llevase en sus bolsillos. No han dejado más que los forros.

Lester se aproximó al cadáver, que yacía boca arriba, en una posición violenta, con el brazo derecho bajo el cuerpo. Contempló por unos segundos el rostro exangüe, de ojos fijos y vidriosos. No cabía la menor duda. Era él. Lo conocía, muy bien.

—¡Mal fin has tenido, «Dedos de Seda»!

Llegaba la furgoneta.

—¿Qué hacemos, teniente?

—Dejen a los chicos de la prensa que lo retraten por última vez. Después, si han terminado, lo trasladan al depósito.

Hasta las cinco de la mañana no regresó Mat al domicilio de sus padres. Venía de la central, donde dejó al teniente Lester. Los policías que quedaran en el departamento de los asesinados ya se habían ausentado, después de precintar la puerta.

Cuando entró en el piso, sus padres ya se habían vuelto a acostar, pero su hermana Kate aguardaba en el saloncito, ansiosa de noticias. Mat sólo le contó lo imprescindible. No daba señales de sentirse muy comunicativo ni alegre, y ella lo notó.

—¿Qué te pasa, Mat? —le preguntó, mirándole con atención.

—Nada. Sólo que estoy bastante cansado. Lo mejor será acostarse.

—Yo no podría. Creo...

—Tumbate, por lo menos. Eso pienso hacer yo.

En cuanto se vio a solas en su cuarto, Mat cerró la puerta con llave, y, después de despojarse de la chaqueta, de la que extrajo la cartera, se sentó ante una pequeña mesa, encendiendo el brazo de luz y apagando la lámpara del techo.

Extendió sobre el tablero los dos trozos de papel. Si los números constituían una clave para sacar a luz algún oculto mensaje contenido en el crucigrama, la tarea no iba a resultarle nada fácil. Aquél no era su oficio. Pero tenía que hacer todas las probaturas imaginables, agotar cuantas posibilidades estuviesen a su alcance antes de... ¡Dios mío, si su intuición se revelaba certera, qué trago más amargo!

Contra lo esperado, la faena no ofreció dificultades. La clave se reveló de una simplicidad abrumadora. Las casillas eran ciento veintiuna. Al darse cuenta de que ninguno de los números que aparecían en el papel rebasaba esta cifra, pensó que quizá cada uno de ellos representase la casilla correspondiente, después de numeradas ordenadamente de izquierda a derecha y de arriba abajo, o al revés. Las numeró de la primera forma, y el crucigrama cobró el siguiente aspecto:

A ¹	C ²	A ³	S ⁴	O ⁵	♦ ⁶	E ⁷	D ⁸	I ⁹	P ¹⁰	O ¹¹
C ¹²	A ¹³	L ¹⁴	A ¹⁵	M ¹⁶	I ¹⁷	D ¹⁸	A ¹⁹	D ²⁰	E ²¹	S ²²
I ²³	L ²⁴	♦ ²⁵	L ²⁶	A ²⁷	R ²⁸	E ²⁹	S ³⁰	♦ ³¹	R ³²	E ³³
D ³⁴	A ³⁵	S ³⁶	♦ ³⁷	R ³⁸	A ³⁹	S ⁴⁰	♦ ⁴¹	V ⁴²	E ⁴³	R ⁴⁴
O ⁴⁵	B ⁴⁶	O ⁴⁷	E ⁴⁸	♦ ⁴⁹	N ⁵⁰	♦ ⁵¹	N ⁵²	O ⁵³	C ⁵⁴	A ⁵⁵
♦ ⁵⁶	A ⁵⁷	L ⁵⁸	L ⁵⁹	A ⁶⁰	♦ ⁶¹	D ⁶²	O ⁶³	C ⁶⁴	E ⁶⁵	♦ ⁶⁶
O ⁶⁷	C ⁶⁸	I ⁶⁹	O ⁷⁰	♦ ⁷¹	C ⁷²	♦ ⁷³	R ⁷⁴	E ⁷⁵	D ⁷⁶	O ⁷⁷
D ⁷⁸	I ⁷⁹	A ⁸⁰	♦ ⁸¹	B ⁸²	O ⁸³	L ⁸⁴	♦ ⁸⁵	S ⁸⁶	E ⁸⁷	D ⁸⁸
U ⁸⁹	N ⁹⁰	♦ ⁹¹	D ⁹²	A ⁹³	M ⁹⁴	A ⁹⁵	S ⁹⁶	♦ ⁹⁷	R ⁹⁸	E ⁹⁹
C ¹⁰⁰	A ¹⁰¹	N ¹⁰²	O ¹⁰³	L ¹⁰⁴	I ¹⁰⁵	T ¹⁰⁶	E ¹⁰⁷	C ¹⁰⁸	O ¹⁰⁹	S ¹¹⁰
A ¹¹¹	S ¹¹²	E ¹¹³	S ¹¹⁴	A ¹¹⁵	♦ ¹¹⁶	E ¹¹⁷	L ¹¹⁸	I ¹¹⁹	S ¹²⁰	A ¹²¹

Después, consultó los números que se ofrecían así en la hoja del bloc.

- 10 94
- 28 60
- 89 36
- 7 77
- 46 98
- 1 76
- 22 65
- 82 50
- 5 10
- 94 32
- 46 109
- 111 8
- 42 89

- 11 68
- 10 72
- 106 23
- 119 83
- 90

Cogió otra cuartilla y fue substituyendo, por el mismo orden, cada uno de los números de ambas columnas, por la letra que aparecía en la correspondiente casilla del crucigrama. El resultado no dejaba lugar a dudas y le hizo abrir la boca de pasmo:

«PRUEBAS BOMBA V OPTIMAS. ORDEN PRODUCCIÓN»

—¡Maldita sea!

Pasado el estupor, Mathew Allerton se había puesto súbitamente de pie, inmovilizándose, y ahora expelía el aire con los labios apretados. Le ardía la cara, y el corazón le martilleaba en el pecho.

Lo que tanto se temía se había convertido en una realidad irrefutable. El diáfano texto no podía prestarse a equívocos. Ignoraba qué clase de bomba sería la designada con la versal *V*, y el valor real de la información, pero que se trataba de un mensaje, en forma convenida, por espías dentro del país con destino a los enemigos de su patria, era algo que no se le podía escapar ni al más lerdo.

¿Qué hacer? En otra situación pareja, Mat no hubiese dudado un solo segundo. Es más, el descubrimiento le habría llenado de alegría, ya que con él podría rendir un relevante servicio a su país, contribuyendo a limpiarlo de enemigos solapados. Pero en aquellos instantes, las circunstancias de Mat eran especialísimas. Amaba a Dolly. Ciegamente. Pasados dos días se iba a casar con ella. A eso había venido a Nueva York. El sueño más caro de su vida. Y ahora, de pronto, lo veía derrumbarse sin remedio. Tendría que renunciar a Dolly para siempre. Eso, o convertirse en un traidor a su patria, en un perjurio a la solemne promesa prestada tres años atrás, cuando Mat ingresó en el

F. B. I.

¿Qué hacer, Dios mío?

Cuando a las nueve de aquella mañana la Biblioteca Astor abrió

sus puertas, Mathew Allerton, que ya llevaba más de hora y media deambulando por las calles, se introdujo rápidamente en el edificio. Una vez en el interior, solicitó los treinta últimos números del «New York Evening Post» y se sentó con ellos ante un pupitre para hojearlos. Sólo le interesaban los crucigramas. El del mensaje que poco antes sacara a la luz, se había publicado en el del número del 20 de abril, o sea quince días atrás. Se afanó en comprobar si los números que figuraban en la hoja del bloc constituían la clave general para descifrar los mensajes que, lógicamente, podrían incluirse en los problemas de palabras cruzadas publicados en otros números anteriores o posteriores. Pero ninguno de los veintinueve restantes ejemplares consiguió revelar nada. Las versales se agrupaban caprichosamente, sin que en conjunto ofreciesen el menor sentido. A las diez y media renunciaba a la penosa e inútil tarea, y se echaba de nuevo a la calle.

Sus vacilaciones se habían desvanecido. Había adoptado una decisión irrevocable, y sabía muy bien lo que tenía que hacer. «Los deseos no cuentan cuando están en pugna los deberes». La frase se la había oído a Tolson, el lugarteniente de *Mr.* Hoover, y ahora la recordaba. Telefonó desde un bar de Union Square...

—¿Dolly?

—¿Eres tú, Mat? ¡Oh, querido! Hace media hora me telefoneó tu hermana. Por lo visto entró en tu cuarto, y se sorprendió al no encontrarte en él. Suponía que habías venido a verme. Ya me ha contado lo que ocurrió anoche en vuestra casa. ¡Qué espanto!, ¿verdad?

—Sí. ¿Está tu padre ahí?

—¡Claro! Como todas las mañanas, encerrado en el despacho y rodeado de diccionarios, haciendo el dichoso crucigrama para el periódico. Ya lo conoces. Hasta que termine y salga por su propio pie, no se le puede molestar aunque se hunda el mundo. Es la consigna. ¿Querías hablar con él?

—Pues sí. ¿Podría pasarme por ahí ahora?

—¡Mat! —se oyó exclamar al otro extremo de la línea—. ¿Qué te pasa? Te noto algo raro.

—No te preocupes, Dolly. Se trata de un contratiempo bastante enojoso, pero...

—¿Qué es? ¡Dímelo!

—Ya lo sabrás cuando llegue. Ahora mismo cojo un «taxi». Adiós.

Cortó bruscamente la comunicación, y salió a la acera. Detuvo a un «taxi» que cruzaba, y ascendió a él dando la dirección de su prometida.

Quince minutos más tarde pulsaba el timbre de un confortable departamento de la Avenida Lexington. Le abrió la puerta una esbelta muchacha de unos veinte años. Poseía una airosa cabellera castaña y un rostro de ojos negros, pleno de viveza y de gracia. Se dirigió al visitante con expresión interrogadora:

—Hola, Mat. Te estaba esperando. ¿Qué pasa?

—Ya te lo explicaré.

—Me tienes muy intrigada —sonrió Dolly, poniendo ambas manos en su hombro, para que él la besase.

Mat se hizo el desentendido, y se apartó de la absorta muchacha, penetrando en el salón. Allí, sentada en un sofá, estaba la señora Gardner, repasando unas cuentas. Abandonó la tarea, y le sonrió.

—¿Qué te trae aquí tan temprano, Mat? ¿No tienes bastante con saber que dentro de unas horas te llevarás a mi hija que aun...?

—Perdone, señora Gardner, pero era necesario... ¿Está su marido?

—Sí. Pero supongo que no querrás hablar con él. En estos momentos se encuentra encerrado en el despacho, y es «tabú». Ya lo sabes bien.

—Es que se trata de algo bastante enojoso.

—¿Y no puedes decírmelo a mí?

—Claro. Pero él también debe oírlo. Resulta que hay que aplazar la boda.

—¡Eh! —exclamó su oyente, presa del mayor estupor, abriendo los ojos—. ¿Por qué?

—Esta mañana me avisaron urgentemente de la Delegación. Ahora vengo de allí. Resulta que tengo imprescindiblemente que partir esta misma tarde para Washington.

—¿Pero oyes eso, Dolly? —preguntó la señora Gardner, sin querer dar crédito a sus oídos. Después, como no viese a su hija, gritó—: ¡Dolly! ¡Dolly!...

—Creo que ha salido —le dijo Mat—. Comprenda que soy el primero en lamentar el incidente. Todos los razonamientos que

ustedes me hagan, ya los he expuesto yo, sin alcanzar el menor resultado positivo.

—¡Pero eso es absurdo! Las invitaciones ya están repartidas, todo ultimado... Te habían dado un mes de permiso.

—Lo han anulado. Ocurre a veces.

—De todas formas, se trata, en último extremo, de esperar a mañana, de...

—Lo sé. Pero mis jefes no admiten ni ese argumento. Ya le he dicho...

Le interrumpió la presurosa entrada de *Mr.* Gardner, un caballero de grises cabellos y rostro sonrosado, que se cubría con un corto batín casero. Su hija Dolly le seguía a corta distancia, con el rostro muy pálido.

—¿Qué diablos ocurre, Mat? ¿Es verdad lo que me acaba de decir Dolly?

—Por desgracia, sí. Hay que aplazar la boda. Ya se lo he explicado a su esposa.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Ha pensado lo que a estas alturas significa eso para nosotros, para Dolly?

—Lo mismo que para mí. Pero no hay otro remedio. Intenté convencer a mis jefes de que aplazasen su decisión por el tiempo justo para poder casarnos, pero, por lo visto, se trata de algo que no admite demora. Creo que me envían a Méjico. Ignoro mi misión. Me han prometido renovarme el permiso cuando regrese y entonces Dolly y yo podremos casarnos.

—Usted lo ve muy fácil, pero yo no —replicó Míster Gardner, dando muestras de profunda irritación—. ¿Qué dices tú, Dolly?

—Que si es tan importante para él obedecer ciegamente a unos superiores tan arbitrarios y despóticos, abandonando a su prometida casi a las puertas de la iglesia, pues que se vaya. Y que no vuelva.

—¿Lo ha oído usted, Mat?

—Sí. Y no puedes imaginarte cómo lo siento, Dolly —añadió dirigiéndose a la muchacha, que desvió de él sus ojos—. Pero no me queda otro recurso. Tal vez algún día pueda explicártelo.

—Lo dudo mucho —le interrumpió, desabridamente, el dueño de la casa—. Y ahora, haga el favor de salir de esta casa, amiguito. Molesta.

—Perfectamente, *Mr. Gardner* —le dijo Mat, clavando sus furiosos ojos en él.

Dio la vuelta, y avanzó hacia el umbral. Un ahogado sollozo, a sus espaldas, le detuvo por brevísimos instantes. Apretó los puños, y reanudó la marcha.

CAPÍTULO IV

Clark Tower, el jefe de la Delegación del
F. B. I.,

en Nueva York, hizo una pausa y se pasó la mano por la barbilla con aire pensativo. Estaba sentado en un sillón de su despacho y conversaba con Mathew Allerton, que ocupaba una butaca frente a él.

—Sí, tiene usted razón, no hay duda —le decía a Mat—. «Dedos de Seda» descubrió de algún modo el juego de los espías, y trató de hacerles víctimas de un chantaje, vendiéndoles caro su silencio.

—Su mujer, antes de morir, me dijo que Nick esperaba cobrar la mitad anoche: cincuenta mil dólares. Por eso salió.

—¡Buena se la jugaron! No creo que se hubiesen negado a pagar a Nick lo que éste les pidió, si hubiesen tenido la seguridad de zanjar con ello el negocio definitivamente —opinó el inspector Tower—. No lo mataron para ahorrarse el dinero, sino por el temor de que Nick no cumpliese luego su promesa. El juego de esa gente es peligrosísimo, y resultaba muy arriesgado saber que un individuo como la víctima se encontraba al tanto de sus manejos. En cuanto a la mujer, supondrían que estaría informada del asunto por el marido, y por eso no dudaron también en matarla. De paso, debieron llevarse todos los ejemplares del «*Evening post*» que «Dedos de Seda» tendría seguramente en su domicilio como pruebas acusadoras, tratando así de eliminar indicios que podrían despertar ciertos recelos en las autoridades. Por fortuna su intervención, Allerton, ha sido providencial y ahora Sabemos que el doble asesinato es obra de una poderosa banda de espías, una de cuyas cabezas visibles es el hombre que iba a ser su suegro. ¿No había sospechado hasta hoy nada de él?

—Jamás Sabía que *Mr.* Gardner gozaba de una posición desahogada, y que no le hacía ninguna falta trabajar en el «*Evening*

Post» como redactor de su sección de pasatiempos. Pero pensé que, de este modo, el hombre encontraría distracción a sus ocios de rentista. En cuanto a la costumbre de encerrarse en el despacho para hacer su trabajo del periódico, con orden de que nadie le molestase, siempre la juzgué como una simple manía inofensiva. Una chifladura como otra cualquiera.

—Pues ahora su chifladura y su afición se revelan sospechosísimas, Allerton.

—Desde luego —reconoció Mat.

—¡Lástima que usted decidiese ir a su casa para decirle que había que aplazar la boda! Su extraña actitud le habrá puesto en guardia.

—¿Y qué podía yo hacer, inspector? No se trataba de él, sino de la mujer a quién amo. Pensando en ella, yo no podía prestarme a un juego tan criminal como hubiese sido...

—¡Si ya lo sé, Allerton! ¡Cálmese! Usted ha hecho lo máximo que, en sus circunstancias, puede exigírsele a un hombre honesto. No tome, pues, mi lamentación como reproche. Además, usted me ha dicho que también a su familia les explicó lo mismo, ¿no es eso?

—Sí. Cuando salí de casa de los Gardner me fui directamente al domicilio de mis padres, y les expliqué idéntico cuento. Intentaron disuadirme diciéndome que era una locura, pero yo no me dejé convencer. Hice la maleta y les anuncié que me dirigía al aeródromo, rumbo a Washington, pero el «taxi» me dejó en el «Fairfax», un hotel de la 56.

—Perfectamente. Su familia, como es de rigor, se pondrá en comunicación con los padres de su novia, y de este modo *Mr. Gardner* tal vez se trague la historia. ¿Cuántos ejemplares del «*Evening Post*» consultó usted esta mañana?

—Los treinta últimos. La clave que tan admirable resultado me dio con el crucigrama publicado el 20 del pasado, me falló con todos los demás.

—No me extraña. Seguramente los espías emplearán varias, alternándolas. Y ahora, le dejo, Allerton. Tengo que transmitir su preciosa información a Washington. A última hora de esta tarde espero tener instrucciones concretas. ¿Estará usted en el hotel?

—Sí. Esta noche pasada no he pegado los ojos más allá de una hora, y me gustaría poder dormir.

—Trate de hacerlo. Le conviene.

El inspector Tower acompañó a Mat hasta el pasillo, y allí se despidió de él, poniéndole la mano en el hombro.

—¡Buen trabajo, Allerton! Se le felicita.

—Gracias, señor —dijo Mat, sin mucha alegría.

No pudo descansar. A las seis, desesperado, se tomó dos pastillas de un somnífero. Aquello calmó algo sus nervios. Se echó sobre la cama, y cerró los ojos. Ya estaba casi dormido, cuando repiqueteó el timbre del teléfono. Alargó el brazo.

—¿Allerton?

—Sí. ¡Diga!

—Pásese cuanto antes por la Delegación. Le esperan.

Media hora, más tarde penetraba en el pequeño edificio de Duane St. Al adentrarse en el despacho de Clark Tower, le sorprendió la presencia de un segundo personaje, a quién reconoció inmediatamente. Al verlo, Mat tuvo clara conciencia de que el asunto que él había aireado con su intervención, poseía la más excepcional importancia. Se trataba del propio «patrón», de *Mr.* Edgard Hoover, jefe supremo del F. B. I.

—Pase usted, Allerton. Hace media hora que acabo de bajar del avión procedente de Washington, y le esperaba. Siéntese.

Mat ocupó una de las butacas, y *Mr.* Hoover se sentó frente a él, mientras que Tower permanecía de pie, apoyado en la mesa.

—Le diré, ante todo —empezó *Mr.* Hoover—, que estimo altamente relevante su servicio, y que su conducta le honra a usted y a todos nosotros.

—Gracias, señor.

—Vayamos pues, al asunto —se pasó la mano por la boca, y continuó—: El mensaje que usted descifró en el crucigrama, posee una excepcional importancia. Alude a las pruebas de la bomba «Victory», una nueva arma atómica de efectos hasta hoy desconocidos. Los ensayos, completamente satisfactorios, se llevaron a cabo hará cosa de un mes en Las Vegas, Nevada, dentro de la más estricta reserva, y nada hacía suponer que la sensacional noticia hubiese rebasado sus justos límites. No creemos que los espías hayan sacado de allí la información. Y esto por una razón bien sencilla: El mensaje da cuenta de la noticia, pero añade que ya

no ha dado orden de fabricación. Ahora bien, la orden se cursó quince días después de las pruebas, una vez estudiados los informes y previo debate de la cuestión en el seno de la Comisión Atómica del Senado, concretamente el 18 del pasado mes. ¿Comprende lo que quiero insinuarle? El crucigrama se publicó el 20; es decir, dos días más tarde del acuerdo. Esto indica que la confidencia no vino de Las Vegas, sino de Washington. El traidor es un personaje de categoría. Él es quien proporciona a nuestros enemigos las valiosas confidencias, y quien, a no dudar, mantiene directo contacto con el hombre que iba a ser su padre político, con ese *Mr. Gardner*, encargado por lo que se ve de transmitir los mensajes. Todo esto revela la existencia de una red de espionaje perfectamente montada, de la que hasta hoy no teníamos la menor noticia.

Hizo una nueva pausa, y continuó:

—Del estudio llevado a cabo en los crucigramas de los últimos meses, no hemos podido sacar nada en limpio. La clave que usted encontró en uno de los trajes de la víctima, sólo es aplicable al crucigrama que aparecía con ella. Esto parece indicar que el número de claves es elevado, tal vez una para cada crucigrama que contenga mensajes. Estas claves deben obrar en poder de *Mr. Gardner* y del personaje a quién se destina la información. De este modo, una vez puestos de acuerdo sobre el empleo sucesivo de ellas, ya no tienen necesidad de establecer más contactos personales. El procedimiento se revela realmente ingenioso. Por otra parte, las derivaciones criminales del asunto prueban, además, que la organización cuenta con un eficiente «grupo de acción», encargado de eliminar por la fuerza cuántos obstáculos se opongan al perfecto desenvolvimiento de las subversivas tareas. En fin, Allerton, que su valiosísima información ha producido la conmoción de rigor en las altas esferas de Washington, y que es necesario que todos aportemos nuestro máximo esfuerzo a fin de librar a nuestra patria de un peligro que no hace falta subrayar. ¿Ha comprendido?

—Sí, *Mr. Hoover*.

—Creemos —continuó el jefe del

F. B. I.

— que una estrecha vigilancia cerca del autor de los crucigramas, controlando su teléfono y fiscalizando todos sus pasos, nos llevará a dar con el traidor que en Washington proporciona los informes, y

que, una vez en nuestro poder estos personajes y probado su delito, ya nos será fácil echar el guante a los demás componentes de la banda: cuando menos ésta quedará completamente desarticulada. Esto, como es lógico, será labor de días, tal vez de semanas. Entre tanto, conviene no permanecer con los brazos cruzados y buscar la solución del problema por otros caminos. He pensado que si «Dedos de Seda» fue capaz él solito de meter sus narices en las actividades de esa gente, nosotros también podremos hacerlo. Bastará para ello averiguar el medio de que se pudo valer la víctima, investigando en sus actividades y relaciones de estos últimos meses. Y ésta es la tarea que le encomendamos a usted, Allerton. Aquí tiene —le dijo, entregándole una cuartilla mecanografiada que sacó de una cartera— una lista de individuos sospechosos en principio de proporcionar las informaciones. Incluye a todos los senadores que integran la Comisión Atómica, junto con sus secretarios y demás personajes que pudieran estar al tanto de las cuestiones secretas que se debaten en el seno de ese organismo. No olvide que cualquier contacto que usted descubra de alguna de estas personalidades con la víctima, puede llevarnos a una pista valiosísima. Usted actuará completamente solo, sin el menor contacto con las autoridades policíacas de Nueva York. Se trata, como comprenderá, de algo muy delicado, y cuantos menos intervengamos en el negocio, mejor. Le encarezco, por último, la máxima prudencia y tacto. Con la muerte de Nick y su mujer, nuestros enemigos creerán haber orillado todo peligro. El menor paso en falso les pondría sobre aviso, y su vida se vería en peligro, Allerton. Recuerde el fin que ha tenido «Dedos de Seda». Esa gente no se para en barras, y está muy bien organizada. Y esto es todo. ¿De acuerdo?

—Sí, *Mr.* Hoover.

—Pues empiece a actuar enseguida. En cuanto descubra lo más mínimo, se pone en contacto con nosotros, y si precisa alguna colaboración, pídala.

—Así lo haré, señor.

Se despidió de sus superiores, y abandonó el despacho.

La equívoca fama de que gozaba una de las víctimas, y el misterio que, en cierto modo, envolvía el doble asesinato de los esposos, ya que el móvil no parecía nada claro, contribuyeron a que el suceso, aireado por la Prensa, adquiriese desde el primer

momento inusitada resonancia. Los periódicos de la mañana y los de la tarde siguiente al hecho delictivo, destacaron en sus titulares de primera plana el trágico final del famoso «Dedos de Seda» y de Miriam, su gentil esposa, «una antigua corista de *Lou Walter's*». Los reporteros se extendieron en el anecdotario del personaje, que podía interesar al lector, y en destacar las circunstancias truculentas de su muerte, que presentaban como un enigma, sin aportar el menor dato que pudiese contribuir a su esclarecimiento, dando a entender, en este sentido, que la Policía desplegaba en aquellos momentos la máxima actividad, reservándose escrupulosamente cuantas informaciones tuviese ya en su poder, para mayor eficacia le su trabajo.

Cumming, del «Daily Telegraph», era el único reportero de sucesos que, sin renunciar a explotar como nota básica el pintoresquismo de la víctima, se había preocupado de beber en fuentes directas para tratar de seguir los pasos a Nick durante los últimos días anteriores a su muerte. Claro que su información se revelaba muy poco valiosa, limitándose a consignar que Nick ya llevaba siete fechas sin poner sus pies en la casa de automóviles donde prestaba sus servicios como agente, a pesar de haber sido requeridos urgentemente sus servicios en dos ocasiones. Por lo demás, durante la aludida semana que precedió a su muerte, al popular «Dedos de Seda» no se le había visto en lugar alguno de los que habitualmente solía frecuentar.

Mathew Allerton arrojó los periódicos al suelo, y contempló fijamente el techo, la cabeza sobre la almohada. Sólo el dato de Cumming había logrado despertar en él un cierto interés. Podía considerarse revelador y, tal vez, dar origen a alguna pista. Por lo menos, le serviría para iniciar sus investigaciones. Claro que la solución del problema vendría por otro lado: vigilando escrupulosamente los pasos del autor de los crucigramas, y de esta tarea ya se encargaban otros. A él se le había asignado un trabajo de mera «distracción». Una delicadeza de *Mr.* Hoover para que, en sus circunstancias, no permaneciese inactivo. Bien. Trataría de dormir, que buena falta le hacía, y al día siguiente emplearía todo su tiempo en la tarea encomendada, por baldíos que fuesen los resultados. ¿Qué recurso le quedaba, sino intentar alejar de su mente la imagen entrañable de Dolly, olvidarse para siempre de sus

sueños de felicidad tanto tiempo acariciados?

Apagó la luz, y se quedó con los ojos abiertos, fijos en la inmensa soledad del cuarto.

CAPÍTULO V

El representante general en Nueva York de la «Dart Motors Co.», William Alwin, esbozó un gesto de irritado fastidio.

—Uno de esos malditos periodistas —explicó— logró sonsacar a uno de los empleados de la casa, y ahora nuestro nombre comercial aparece en la Prensa mezclado con este desdichado asunto. Todo esto no es muy agradable, señor.

—Ya lo comprendo. Pero la realidad es que «Dedos de Seda» trabajaba aquí como agente de ventas, sin que ustedes ignorasen sus circunstancias personales.

—Su empleo era completamente eventual. Trabajaba a comisión.

—Me es lo mismo. Yo sólo sé que ustedes están en la obligación de colaborar con las autoridades, y creo haber demostrado mi calidad de tal.

—Y yo no me niego a ello. Pero ayer ya estuvo aquí la policía, y nos mareó a conciencia.

—Pues yo vengo a repetir el numerito. Lo siento. ¿Puedo iniciar el interrogatorio?

Mr. Alwin consideró sin mucha cordialidad al visitante, que frente a él componía un perfecto rostro de esfinge. Suspiró, y trató de tragarse la ira.

—Pregunte.

—Dígame exactamente qué día fue el último que Nick estuvo por aquí.

—Hoy hace justamente nueve. Vino por la mañana. Tenía que cobrar la comisión de un coche vendido por su mediación dos días antes; quinientos dólares.

—¿Quién fue el comprador?

—*Miss* Bárbara Wunderlich.

—¿Tiene que ver algo esa señorita con los Almacenes Wunderlich?

—Es copropietaria de ellos con su hermano Robert.

—¿Antigua cliente?

—Sí.

—¿Conocía a Nick?

—Sí. Aun no hará un año que le vendió otro coche.

—Esta última venta, ¿se efectuó rápidamente?

—Lo normal en estos casos. Después de unos cuatro días de prueba.

—Por esas fechas, Nick saldría frecuentemente con *Miss Wunderlich*, ¿no es eso?

—Supongo. Era su trabajo.

—¿Habló Nick con usted de esa *Miss Wunderlich*?

—No. ¿Por qué? —se extrañó el representante—. Yo no me relaciono directamente con los agentes. Es más, si sé que la víctima estuvo aquí hace nueve días para cobrar su comisión, fue porque me pasaron el comprobante. En realidad, yo no lo vi.

—Comprendo. ¿No le extrañó que Nick se pasase una semana entera sin venir por aquí?

—Sí, pero no por lo que usted supone. Otras veces, las ausencias de Nick aun fueron más largas. Ya le dije que no trabajaba fijo en la casa, sino cuando él nos traía algún posible cliente o cuando éste se presentaba espontáneamente reclamando sus servicios. Entonces se le telefoneaba a su domicilio. En esta ocasión había trabajo para él, y le telefoneamos por dos veces. Pero Nick no se presentó. Esto fue lo que nos extrañó.

—¡Ya!... ¿Podría proporcionarme una lista de todos los clientes que haya atendido Nick desde que trabajaba aquí, con sus nombres y domicilios? Además, me gustaría charlar con alguien de la casa que se hubiera relacionado directamente con él. Es todo lo que, por ahora, solicito de usted.

—Perfectamente. Daré órdenes de que le preparen esa lista, y le presentaré a nuestro jefe de personal. Él le atenderá en su última demanda.

—De acuerdo.

Minutos más tarde, Allerton conversaba con un tal *Mr. Sanders*, jefe de personal de la agencia de automóviles, individuo ya de cierta edad, de rostro abierto y comunicativo.

—¡Lástima de Nick! —le dijo el hombre—. Era todo un tipo. No

me importa confesar que fui yo quien siempre le dio facilidades para su trabajo en esta casa. Nadie de aquí puede tener la menor queja. Su rendimiento fue algo magnífico, y ningún otro agente le pudo poner jamás el pie delante, clienta a quién le echaba el ojo, clienta que se quedaba con un coche. ¡Buen barbián estaba hecho!

—Según me informó *Mr. Alwin*, ustedes requirieron últimamente sus servicios sin que él se presentase.

—Exacto. Y el hecho es bastante extraño, porque Nick nunca demoró sus deberes en este sentido. Yo mismo telefoneé las dos veces. Pero él no estaba en la casa, y hablé con su esposa. La última vez, su mujer me dijo que ya le había transmitido el recado, y que volvería a hacerlo, pero él siguió sin presentarse.

—¿Recuerda de qué hablaron la última vez que se vieron?

—No creo que pueda tener importancia. Estuvimos bromeando. Nick vino a cobrar la comisión de un coche que había vendido últimamente a *Miss Wunderlich*, una antigua clienta. Es una solterona fea como un diablo, y yo le gasté unas cuantas chirigotas, preguntándole si se había divertido mucho con su linda acompañante. Algo así.

—¿Y qué le dijo él?

—Me replicó en el mismo tono, asegurándome que *Miss Wunderlich* era la mujer más encantadora de los Estados Unidos.

—¿Y en qué se fundaba para decir eso?

—¡Bromeaba! ¿No se lo he dicho?

—¡Ya! ¿Pero en qué términos? ¿Qué le dijo en concreto?

—No recuerdo exactamente. Además, no creo que tenga la menor importancia. Explicaba algo así como que *Miss Wunderlich* era una conversadora extraordinaria, la mujer que explicaba las cosas más extraordinarias que podían oírse, pero, se lo repito, todo era broma. Yo he charlado con *Miss Wunderlich*, y, la verdad, su conversación no es como para abrir la boca, sino es para bostezar.

—¿No aludió a ningún tema de sus conversaciones con ella?

El jefe del personal expelió aire como si se sintiese sofocado. La estúpida tozudez de su interlocutor comenzaba a ponerle nervioso.

—¿Pero no le he explicado ya que todo era pura broma? ¡En absoluto! Nick dijo todo aquello en tono de ironía, a sabiendas de que yo captaría la intención y, naturalmente, sin aducir ejemplos que no procedían.

—Está bien, *Mr. Sanders*. ¡Cálmese!

Minutos más tarde le entregaban la lista solicitada, y Mat salía a la calle.

Aquella mañana no llevó a cabo ninguna otra investigación, y se la pasó en su cuarto del «Fairfax» repasando los nombres de los clientes de la «Dart Motors Co.», a quienes Nick había servido desde que empezara a trabajar para la casa, y comparándolos con los que figuraban en la lista que le entregara *Mr. Hoover*. Trataba de encontrar alguna coincidencia de apellidos que, dadas las circunstancias, podía ser reveladora. Pero la tarea fue inútil. Entonces, valiéndose del *Who's Who*^[1], que se hizo subir de la biblioteca del hotel, consiguió localizar en él a casi todos los clientes de Nick, pero sin que la lectura de sus resumidas biografías le diera pie para relacionarlas con la otra lista de nombres.

El completo fracaso de la tediosa labor, le desanimó aún más de lo que ya estaba. Tenía la sensación de que perdía lastimosamente el tiempo. Sólo la tal *Miss Wunderlich* parecía proyectar una sombra de pista. Admitiendo —cosa en cierto modo lógica— que la preciosa información le hubiese venido a Nick de una de sus clientas, damas todas de cierta posición, no cabía la menor duda de que, después de las inútiles comprobaciones llevadas a cabo, *Miss Wunderlich* era la única que, en este sentido, podía despertar recelos. Había sido su última clienta, y sus salidas con ella enlazaban en el tiempo con el intento de chantaje a los espías y la muerte del chantajista. Por otra parte, la apreciación que la víctima había hecho de la solterona, en su conversación con el jefe de personal de la «Dart Motors Co.», calificándola de la mujer más encantadora de los Estados Unidos por las cosas interesantísimas que deslizaba en sus charlas, tal vez tuviese un segundo sentido si había sido ella, en efecto, la que enteró de algún modo a Nick del juego de los espías.

Con arreglo a su vieja táctica, Mathew Allerton se presentó aquella misma tarde en la residencia de los Wunderlich, en Long Island, sin anunciar previamente su visita por teléfono.

El ceremonioso mayordomo que le abrió la puerta le comunicó que *Miss Bárbara* se encontraba en Nueva York. Hacía justamente tres fechas que había salido de la ciudad, y él ignoraba por completo el destino de la dama.

—¿Y *Mr. Wunderlich*, se encuentra en la casa?

—Ignoro si podrá recibirle, señor.

—¿Quiere pasarle mi tarjeta?

A los pocos minutos penetraba en el lujoso salón un caballero de unos cincuenta años, de rala cabellera gris y de mediana estatura, pero recio de cuerpo y de ancha faz.

—¿*Mr. Wunderlich*?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Quería entrevistarme con su hermana, y el criado me dijo que no se encontraba en Nueva York. No ha podido indicarme a dónde ha marchado.

—Salió hace tres días para Pittsfield. ¿Qué deseaba de ella?

El dueño de la casa contemplaba al visitante con evidente desconcierto. La lectura de la tarjeta que le entregara el mayordomo le había sumido, por lo visto, en un mar de confusiones. ¿Qué relación podía tener su hermana con un agente del F. B. I.?

Ésta era la interrogante que claramente se veía en su rostro.

—No se alarme, *Mr. Wunderlich*... Se trata de un simple formulismo. Su hermana adquirió últimamente un coche, y el empleado de la «Dart Motors Co.», que la acompañó en las pruebas, ha sido asesinado por unos desconocidos. Con tal motivo, tenía que hacerle algunas preguntas.

—¿Y qué diablos puede decirle ella? —preguntó el dueño de la casa, ahora en tono jovial recobrado de la sorpresa—. No creo que mi hermana Bab se dedique ahora a asesinar a la gente. Que yo recuerde, sus aficiones más peligrosas no pasan del cuidado de sus canarios y, últimamente, de resolver los problemas de palabras cruzadas que publica la Prensa.

Mat se envaró, petrificado de sorpresa. Al fin reaccionó, e intentó adoptar el mismo tono jovial. Se echó a reír.

—Por eso no la castigaremos. Sobre todo, pensando que yo también soy un apasionado de los crucigramas.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí, en algo hay que perder el tiempo. Ahora, dígame, *Mr. Wunderlich*, ¿cómo podría hablar con su hermana? Se trata de unas preguntas de mero trámite. En último extremo, yo me trasladaría a Pittsfield. ¿Podría darme las señas?

—¡Naturalmente! Pero... espere... quizá pueda hablar con mi

hermana sin necesidad de que usted se desplace a Pittsfield. Lo digo porque hoy mismo pensaba conferenciar con ella, y tal vez decida regresar mañana. Telefónee, si no le molesta, dentro de unas dos horas. Entonces sabré a qué atenerme, y en caso de que decida quedarse, ya le daré las señas. ¿Le parece bien?

—Sí, creo que ésa será la mejor solución.

Cuando se vio fuera de la casa, cogió un *taxi* y dio las señas de la Delegación.

La aventura se iba dibujando bastante más sugestiva de lo que él intuía en principio. Por lo menos, en apariencia. La afirmación que Robert Wunderlich acababa de hacerle, al hablar de su hermana, diciéndole que *últimamente* se dedicaba a la resolución de los crucigramas que publicaba la Prensa, se revelaba, dadas las circunstancias, como un detalle realmente inquietante. A Mat se le hacía muy cuesta arriba pensar que tal coincidencia fuese exclusiva obra del Azar. Pronto saldría de dudas. Estaba seguro que el interrogatorio de Miss Wunderlich sería, en este sentido, decisivo, confirmándole o disuadiéndole definitivamente de sus sospechas.

En la Delegación sólo pudo conversar, por breves instantes, con el inspector Tower. Nada nuevo había ocurrido desde el día anterior, y los trabajos iniciados seguían su curso normal.

—No creemos que surjan novedades hasta pasados unos días —le dijo—. Hay que armarse de paciencia. Y usted, ¿ha iniciado ya sus investigaciones?

—Sí. Por ahora no hay nada —le respondió Mat.

A las siete y media, con arreglo a lo convenido, Mat telefoneaba al domicilio de los Wunderlich desde un bar de Beckman St. Preguntó por el dueño de la casa y, segundos después, una voz alterada se dejaba oír por el auricular:

—¿Míster Allerton?

—El mismo. ¿Ha conferenciado ya con su hermana?

—Lo he intentado, que no es lo mismo. Resulta que no está en Pittsfield.

—¿Cómo? ¿Es que se ha ausentado ya de allí?

—¡No, no! —Denegó su oyente, con sofoco—. Es que ni llegó siquiera. Acabo de hablar con nuestros parientes, que se han mostrado altamente sorprendidos cuando les he dicho que quería hablar con Bab. Ni ella ha asomado por allí ni ellos sabían nada de

su proyecto de ir a visitarles. Esto último no me extraña, porque a Bab se le ocurrió la idea a última hora, y nunca acostumbró a andarse con formulismos, pero que no haya arribado a Pittsfield sin por lo menos comunicarme que desistía de la idea por tales o cuales razones, informándome de paso de su nuevo destino, es algo que me desconcierta profundamente. No lo entiendo y, desde luego, es la primera vez que mi hermana se conduce de tan extraña manera.

—¿Y no adivina a dónde habrá podido dirigirse?

—¡En absoluto! Es más, temo que le haya sucedido algo, y le confieso que estoy asustado.

—¿Marchó sola?

—Sí, sí. Precisamente en el coche que había adquirido últimamente. Mi hermana es una buena conductora, y siempre que puede le encanta viajar de este modo.

—¿Por qué marchaba? ¿Le dijo a usted el motivo?

—No había motivo, mejor dicho, éste se reducía a su deseo de permanecer unos cuantos días con nuestros parientes. Viven en una pintoresca villa a orillas del Oneta, y a Bab le encantan aquellos parajes. De vez en cuando hace un viajecito. Le repito que la noticia me ha desconcertado por completo. No sé qué hacer. ¿Qué me aconseja usted, *Mr. Allerton*?

—Habrá que denunciar su desaparición. Probablemente no le habrá ocurrido nada, pero más vale precaverse. Si le parece, ahora podría pasar por su casa para recoger los datos que estime necesarios, y yo mismo me encargaría de cursar la denuncia en la Central de Policía.

—¡Encantado! ¡No sabe cuánto le agradezco! Aquí le aguardo.

En la segunda entrevista con *Mr. Wunderlich*, Mat no consiguió enterarse de más detalles interesantes que en la primera. Se limitó, pues, a hacer acopio de cuántos datos pudiesen contribuir a la mejor identificación de la desaparecida y del vehículo en que viajaba. Seguidamente se despidió de su interlocutor, que daba señales de sentirse bastante afectado.

Naturalmente, en cuanto nuestro héroe pisó la calle, le faltó tiempo para encaminarse de nuevo al edificio de Duane St. En esta ocasión se mostró mucho más explícito con el inspector Tower, informándole de todo cuanto antes silenciara. A la luz del reciente acontecimiento, lo descubierto en sus anteriores pesquisas cobraba

una significación casi inequívoca, y, en esta situación, su silencio ya no tenía objeto. Tower, después de escucharle atentamente, fue de su misma opinión.

—Creo como usted —le dijo— que si al final conseguimos localizar a esa mujer, habremos dado un paso muy importante. Todos los síntomas inducen a pensar que el personaje que puso sobre aviso a Nick de las andanzas de los espías, fue precisamente esa *Miss Wunderlich*.

—Lo malo es —aseguró Mat— que me extrañaría mucho sacar ya nada de ella, aun cuando la encontremos.

—¿Qué quiere decir?

—¿No lo ve claro, inspector? Si como creemos, su desaparición guarda alguna relación con el asunto que a todos nos preocupa, a estas horas *Miss Wunderlich* se encuentra en poder de esa gente. ¿Cree que nos la van a entregar vivita y coleando, para que nos emocione con el relato de su aventura?

—¡Hum! —exclamó Tower, arrugando el rostro.

Hasta media hora más tarde, en que *Mr. Hoover* quedó informado de lo ocurrido, no se adoptó ninguna decisión. El jefe del F. B. I.

dispuso el plan que procedía poner en práctica. La denuncia de la desaparición de *Miss Wunderlich*, se cursaría a la policía del Estado de Nueva York, sin que oficialmente ellos interviniesen para nada. La medida, a su juicio, se revelaba elemental, ya que si los espías se daban cuenta de que el

F. B. I.

tomaba a su cargo algo, al parecer tan baladí como era la tarea de descubrir el paradero de una mujer desaparecida, se llenarían de lógicos y vivos recelos. Por el contrario, la intervención en el asunto de la policía la consideraban normal, y les daría la seguridad de que sus manejos continuaban siendo completamente ignorados y esto les haría confiarse, circunstancia que facilitaría la labor de su captura.

—¿Han comprendido? Todos cuantos detalles descubra la policía pasarán a nuestro conocimiento, y de este modo, sin dar la cara, estaremos en situación de intervenir decisivamente en el momento que juzguemos más oportuno. Usted, *Allerton*, preséntese aquí mañana a las nueve, a fin de darle las nuevas instrucciones que procedan. Y nada más.

Mat tomó un bocado en un «automático» cercano al hotel, y a las diez ya estaba recluido en su dormitorio.

CAPÍTULO VI

En el silencio de la alcoba, la súbita llamada del teléfono que aparecía sobre la mesilla de noche, alteró el sueño del durmiente que, gruñendo, se volvió del otro lado. Pero el terco repiqueteo del timbre no cesaba, y el hombre alargó mecánicamente el brazo.

—¡Diga!

—¿Allerton?

—Sí —dijo éste, abriendo los ojos.

—Le habla Tower. Dentro de media hora pasará a recogerle un coche de la Delegación. Creo que ya tenemos a esa mujer.

—¡Eh!

Mat se había incorporado, sentándose en el lecho, y ahora se sentía totalmente despejado.

—Como lo oye. Nos acaban de comunicar que cerca de Great Barrington ha aparecido un coche destrozado, con el cadáver de una mujer. Las señas del auto coinciden exactamente con las que usted anotó. Usted vístase rápidamente.

—¿Qué hora es?

—Las seis y cuarto. La policía ya hace rato que salió para el lugar del siniestro, y está advertida de que usted va allí por encargo nuestro. No se franquee con nadie, y procure recoger cuántos datos juzgue interesantes. ¿Conformes?

—Sí. ¿Dónde ha aparecido?

—No se preocupe. El chofer le llevará.

A los diez minutos, Mat ya se encontraba vestido. Descendió al vestíbulo, y allí estuvo aguardando la llegada del coche anunciado. Cuando momentos después se presentó éste, Mat salió a la acera, y se dirigió al conductor.

—Soy Mat Allerton.

—Pues, andando. Tenemos que rodar ciento cincuenta millas por lo menos.

—¿Cuál es el lugar?

—Entre Hartsville y Great Barrington, en un trozo de carretera que bordea un lago llamado Buel.

A las once de la mañana, después de pasar por el pintoresco pueblo de Hartsville, vieron espejear las aguas de un lago que se extendía en el fondo de un amplio valle. La carretera bordeaba a media altura la cadena de montes, cubiertos de pinos en aquella ladera. Al salir de una curva, a cosa de media milla, divisaron por fin un grupo de coches parados al borde de la ruta.

—¡Allí debe de ser!

En efecto, se trataba de la policía. En la carretera sólo se encontraban los conductores de algunos vehículos, un motorista y cuatro patrulleros, sin que el resto del personal se divisase por parte alguna. Mat se dio a conocer, y uno de los patrulleros le orientó.

—Han bajado dando la vuelta para salvar el precipicio, y están allá abajo, entre los árboles. Por eso no se ven. El coche se despeñó por aquí, vea las señales de las ruedas, y, dando tumbos, no se detuvo hasta tropezar con los pinos.

Mat, de pie al borde del profundo tajo que se abría junto a la carretera, hundía su mirada tratando de sorprender algún movimiento revelador. Por fin, logró divisar a una de las figuras, que avanzaba por un claro entro los árboles.

Después de un largo rodeo, pudo descender hasta el lugar del hallazgo, una especie de hondonada cubierta de maleza.

El coche, un «Roadster» de dos plazas, aparecía completamente destrozado, y se inclinaba del lado derecho con las ruedas del otro costado al aire. Una de las portezuelas colgaba de uno solo de los goznes.

A cuatro metros del vehículo, sobre un claro de hierba, se veía el cadáver de una mujer de unos cuarenta y cinco años. Yacía boca arriba y presentaba una horrible herida en la cabeza. Tres hombres se agrupaban frente a ella, mientras que otros dos curioseaban en torno del coche.

—¡Caramba! ¡Qué sorpresa! No sabía que fuese usted el visitante que nos anunciaron.

Miró a quién le hablaba, y se encontró con el teniente Lester, que le contemplaba con una sonrisa de burla.

—Por lo visto, no tenían otro más a mano —le contestó Mat—.

También me sorprende hallarle a usted aquí, teniente.

—¿Por qué? Si empezamos juntos este asunto, es muy lógico que nos encontremos nuevamente en el curso de él.

—Yo vengo aquí, cómo pudo haber venido otro compañero cualquiera, para informar de este caso particular. No sé nada más —le dijo Mat.

—¡Muy bien, Allerton! —replicó Lester, mirándole con manifiesta hostilidad—. Aquí tiene al doctor White. Acaba de reconocer el cadáver y él puede informarle del caso «particular».

—¿Se ha identificado a la víctima?

—Sí, *Miss Bárbara Wunderlich*. Supongo que el nombre no le dirá nada, ¿eh? ¡Ah! Otra cosa, si alguna vez se le ocurre la peregrina idea de debutar en el teatro, no acepte jamás papeles de ingenuo. No le van.

El teniente Lester se volvió bruscamente de espaldas y se alejó con rapidez del grupo, en dirección a los dos hombres que merodeaban en torno del coche.

Tras unos segundos de silencio, Mat se encaró con el forense, un sujeto menudo, de ojos vivaces.

—¿Cuál es su primer dictamen, doctor?

—Muerte por accidente al despeñarse el coche. La víctima presenta una profunda herida, con fractura en la región parietal derecha. Se la debió producir al chocar con una de las aristas del marco de la portezuela, en donde se observan rastros de sangre. También se aprecia una fuerte contusión en la región occipital, y varias más en otras partes del cuerpo, amén de fractura completa de la pierna izquierda. El fallecimiento se produjo a consecuencia de la primera herida de la cabeza, mortal de necesidad.

—¿Cuándo calcula que falleció?

—A la una de la madrugada, hora del accidente.

—¿Y cómo lo sabe usted? ¿Hubo algún testigo presencial?

—En cierto modo, sí. Un guarda forestal divisó a lo lejos los faros del coche, cuando éste se despeñaba. Ésa fue su impresión. Vino hacia aquí, y confirmó su suposición. Él fue quien dio cuenta del hecho. Además, el reloj del auto está parado a esa hora, lo mismo que el de pulsera que lleva la víctima. Puede comprobarlo.

—Bueno, pero ¿ha reconocido usted el cadáver, a fin de confirmar el dato?

—¡Naturalmente! Y no hay duda. Murió a esa hora. Se trata, como habrá visto, de una curva muy cerrada, y el coche vendría embalado.

—Gracias, doctor.

Cuando se aproximó al lugar donde aparecía el destrozado vehículo, Lester y los otros dos policías suspendieron la conversación que sostenían en aquel momento, y Mat tuvo de nuevo conciencia de la hostilidad con que le recibía aquella gente. Estaban sin duda informados de la relación que la reciente víctima guardaba con una de las primeras, y su presencia en aquel lugar, después de la pasada intervención en el domicilio de «Dedos de Seda», avivaba en ellos las sospechas de que Mat sabía mucho más de lo que decía. En tales circunstancias, servir de auxiliares a los «personajes» de Washington, sin que éstos, en justa contrapartida, se franqueasen con ellos, les debía sacar de quicio. Tendría, por lo tanto, que actuar por cuenta propia.

—¿Podría echar un vistazo al coche? —preguntó.

—Sí, sí. Ya puede mirar.

La portezuela se había desprendido de uno de los goznes, y colgaba del inferior. En el quicio del marco se apreciaban las huellas de sangre a que aludió el forense. Uno de los zapatos de la víctima aparecía junto al pedal de embrague. En el volante, barnizado de negro, alguien había revelado con polvillo, blanco una serie de huellas dactilares.

—¿Estás huellas, son de la víctima? —preguntó Mat, volviendo la cabeza.

—No es extraño, si viajaba sola —ladró el sargento, como un «bulldog». Ésas y todas.

—Gracias. Y no hay que enfadarse, sargento.

Dirigió sus ojos al cuadro de mandos. El reloj parado señalaba, en efecto, la una y cinco. De pronto Mat clavó su mirada en el cuenta-millas, y ahogó una exclamación. Marcaba cero; El detalle le interesó extraordinariamente. Trató de comprobar si el aparato había sufrido algún desperfecto. No era materia que dominase, y no supo con certeza a qué carta quedarse. Entonces, se dirigió al teniente que, a pocos pasos, en compañía del sargento, asistía de espectador mudo a la escena.

—Perdone. ¿No hay por aquí un mecánico?

—¿Para qué lo quiere?

—Me gustaría saber si el cuenta-millas se ha estropeado o no en el accidente.

Lester se echó a reír. Después, apuntó burlón:

—Tal vez estuviese estropeado de antes.

—No lo creo. El coche sólo llevaba unos cuantos días rodando. Era nuevo. ¿Podría examinar el aparato un mecánico?

—No hará falta, Allerton. «Casualmente» yo he tenido el mismo capricho, y, según parece, la conexión con las ruedas se ha roto. ¿Le alegra la noticia?

—Sí. Eso demuestra que el coche no venía lanzado.

—¡Caramba! ¿Ha oído, Dan?

El sargento dio señales de no poseer nervios lo suficientemente templados como para resistir aquella refinada comedia. Lanzó un bufido y se alejó, dejándoles, solos.

—Discúlpelo —le dijo Lester—. Estos mozos de Dakota son poco ceremoniosos.

—Usted no será de Dakota, ¿verdad?

—No, nací en Filadelfia. Allí somos más finos. ¿Cuál es su opinión, Allerton?

—¿Sobre qué? ¿Sobre el carácter de los nacidos en Filadelfia?

—No, no —rió el teniente—. Sobre él... accidente.

—Aquí, como usted sabe muy bien, no ha habido accidente, sino un asesinato perfectamente premeditado. Alguien acompañaba a la víctima en el coche...

—No hay otras huellas dactilares que las de la mujer —opuso su oyente, con una sonrisa.

—Póngale a ese alguien unos guantes. ¿Le parece bien?

—No está mal. ¿Qué más?

—Al llegar a esa curva de la carretera paró el coche y el personaje de los guantes golpeó a la mujer en la cabeza con algo contundente, produciéndole una contusión en la región occipital, y la consiguiente pérdida de conocimiento. Después, maniobró convenientemente hasta disponer el coche de cara al precipicio. Bajó, encendió los faros, que debió mantener apagados durante todo lo anterior, y, desde el suelo, quitó el freno. Un empujón tal vez para ayudarle y... ya tiene usted el «accidente». Como verá, se explica así perfectamente que al estropearse el cuenta-millas, este

marque cero y no el indicativo de la velocidad si el auto hubiese sufrido un despiste. ¿Qué le parece mi versión?

—No es mala. Pero falta el motivo. En el bolso de la dama se han encontrado, con otras cosas, trescientos dólares en billetes. Tampoco se han llevado el solitario que lucía en su mano izquierda ni los pendientes. Dos perlas que deben ser muy valiosas. El robo no es el móvil.

—Cierto —reconoció Mat, sin hacer otro comentario.

—Es curioso considerar —apuntó, intencionadamente, Lester— que tampoco aparezcan nada claros los móviles que impulsaron a los asesinos a eliminar de este mundo a «Dedos de Seda» y a su mujer. Esta coincidencia y la que se desprende de nuestra presencia en los lugares de todos estos hechos criminales, podría parecerlo sintomática a alguien, ¿verdad?

—Si —admitió Mat, aceptando el juego—. Además, según me han informado mis jefes, Nick se relacionó últimamente con Miss Wunderlich en su calidad de agente de la «Dart Motors Co.».

—¿Ve usted? Otro dato. ¿Y no le han dicho también sus jefes que dos días antes de su muerte, el elegante Nick se pasó toda una mañana merodeando de un *stand* a otro por los almacenes Wunderlich?

—¡No! —exclamó Allerton, sinceramente sorprendido.

Su actitud la debió tomar el teniente en otro sentido, como un alarde de refinada hipocresía, porque contrajo el rostro de ira.

—¡Esta bien! —gritó—. Tráguese la lengua, si eso le place, y dígales a sus jefes que cuando busquen nuestra colaboración, que hagan el favor de bajar de sus pedestales y corresponder en la misma forma, si a lo que aspiran es a servir al país y no a alzarse con el papel de divos. Ya he dicho bastante.

—No sé de qué me habla, teniente.

—¡De haber nacido en Dakota, se lo explicaría de otra forma mucho más espectacular!

Las últimas palabras las pronunció avanzando agresivamente la barbilla y apretando los puños, mientras que su interlocutor lo consideraba gravemente, sin despegar los labios. De pronto, dio la vuelta y se alejó de Mat a grandes trancos.

El ambiente era tan marcadamente hostil, que a partir de aquel instante, Mat se limitó a hacer acopio de cuantas observaciones

pudo llevar a cabo sin el auxilio de nadie, si bien ninguna de ellas se le reveló ya importante.

Un cuarto de hora más tarde, saludaba con sobrio ademán al teniente Lester y a sus hombres, sin que éstos se mostrasen mucho más efusivos en la despedida, y ascendía a la carretera partiendo seguidamente.

CAPÍTULO VII

En la entrevista de la tarde anterior con su superior, capitán McCoy, jefe de la policía metropolitana, Lester no se mostró franco por completo. Sabía positivamente por qué le llamaba a su despacho. La visita que *Mr.* Hoover, el intrigante jefazo del

F. B. I.,

hiciera una hora antes al capitán, fue significativa a sus ojos. Lester se sentía positivamente irritado. Procuró templar sus nervios y a las preguntas de McCoy sólo contestó lo imprescindible, procurando, eso sí, darle la impresión de que hablaba sin reservas.

Si por lo visto, McCoy se conformaba con desempeñar un papel subalterno al servicio de los «personajes» de Washington, él no. Había iniciado un asunto que entraba de lleno en su jurisdicción, y lo lógico hubiera sido que la ayuda se la prestasen a él. En último extremo, actuar en un plan de igualdad informándose mutuamente de las interioridades del asunto que cada cual descubriese por su cuenta. Ni eso. Pretendían, nada menos, que reservarse el papel de protagonistas, relegándole a él a segundo plano, como mero auxiliar de sus trabajos. Bien. Ya verían al final quién se llevaba el gato al agua. Les daría una buena lección.

Lester hizo a McCoy una detallada reseña del curso de sus investigaciones, pero reservándose ciertos datos que, a su juicio, pudiesen en su día arrojar viva luz sobre los hechos. Por ejemplo, le habló de la presencia de Nick, dos días antes de su muerte, durante toda la mañana en la planta baja de los Almacenes Wunderlich, pero sin aludir para nada al individuo enlutado a quién Nick siguió al verlo entrar y a quién, indudablemente, aguardaba.

La preciosa información se la proporcionó uno de los vigilantes de la planta. Había echado el ojo a Nick, tomándole por uno de esos tipos habituales que con aire de grandes señores se dedican a merodear de un *stand* a otro, en espera del menor descuido para

arramblar con alguna mercancía, y ya no le perdió de vista. Ésta fue la circunstancia que le permitió observar cómo en determinado momento, el sospechoso se dedicaba a seguir disimuladamente los pasos a otro individuo vestido de negro, a quién el vigilante ya había visto por allí en otras ocasiones. El recién llegado se limitó, como otras veces, a coger de un *stand* uno de los habituales anuncios en donde los Almacenes Wunderlich hacían a los clientes su oferta semanal, comprar una chuchería y marcharse a continuación, escoltado, a una distancia prudencial, por Nick.

Esta información la obtuvo Lester la tarde siguiente a la muerte del personaje. En consecuencia, destacó a uno de sus hombres, quien, mañana y tarde, se pasaba las horas en la planta baja de los Almacenes, en espera de que el vigilante le señalase la presencia del hombre de luto a quién aquella mañana siguiera la víctima.

En tal estado de cosas, el «accidente» sufrido por *Miss Wunderlich*, después de haberse pasado tres días ausente de su residencia de Long Island, sin que se supiese su paradero, le sumió en un mar de confusiones. Numerosos indicios le hacían suponer que la muerte de la copropietaria de los Almacenes estaba ligada de algún modo con la de Nick y su esposa, pero sin intuir ni remotamente la ligadura. La relación de «Dedos de Seda» con *Miss Wunderlich*, la presencia de aquél en los «Wunderlich Stores» y la de Allerton aquella misma mañana en el lugar del siniestro, dando por sentado que aquello no había sido accidente, eran todos, detalles que no dejaban resquicio a dudas. Pero el problema le volvía loco sin lograr asir el menor cabo que pudiera llevarle a la solución. Estaba convencido, por otra parte, de que los del

F. B. I.

se encontraban en posesión de un dato importantísimo, tal vez esencial, que tozudamente le ocultaban con el indudable designio de alzarse al final con todos los triunfos. El pensamiento de que, efectivamente, aquella gente desconsiderada se saliese con la suya, le ponía fuera de sí.

Cuando a las tres de la tarde penetraba en su despacho de la Central, de vuelta de Great Barrington, la expresión de su rostro daba fe palmaria del estado nada seráfico de su ánimo. Dan, que le seguía los pasos, se quedó de pie, a corta distancia de la puerta, en la atenta actitud del podenco que espera las órdenes del amo. Lester

repasó las notas que en su ausencia habían dejado sobre la mesa, y volvió la cabeza.

—¡Bah, papeles! —murmuró, dirigiéndose al sargento. Éste componía su característico rostro de piedra, y Lester se echó a reír. Pero era una risa sarcástica—. Oiga, sargento, cuando acabe de mirarme, me localiza al hermano de *Miss Wunderlich*. Si este señor pudiera pasar por aquí dentro de una hora, mejor que mejor. Cuando le dé la noticia, no empiece usted preguntándole: «¿Hablo con el hermano de la muerta?», o alguna de esas cosas tan ingeniosas que usted suele sacarse de la cabeza, y que tanta expectación despiertan en los oyentes. Límitese a decirle que su hermana ha sufrido un accidente, sin especificar su gravedad, y que desearíamos que viniese urgentemente. ¿Ha comprendido?

—Sí, teniente.

Salió el sargento, y Lester le siguió al poco rato para dirigirse al laboratorio, en donde en aquel momento revelaban unas placas. Después, proporcionó los datos necesarios y dio órdenes para que se tratara de localizar la presencia del coche de *Miss Wunderlich* durante aquellos últimos días en la ciudad. A la misma tarea, dentro de su jurisdicción, se dedicarían en aquellos instantes la policía local de Great Barrington y la de Pittsfield. Quince minutos más tarde volvía a penetrar en su despacho, precisamente cuando el teléfono sobre la mesa dejaba oír su insistente llamada.

—¡Diga!

—¿Es usted, teniente?

—Sí. ¿Quién habla?

—Soy Rollins. En este momento acaba de entrar en los Almacenes el sujeto que esperábamos.

—¡Diablo! ¡Oiga, Rollins, no le pierda de vista! Yo parto con toda rapidez para ahí. Vigílelo, y de no llegar yo a tiempo, usted sígale los pasos, procurando no llamar su atención. Interesa extraordinariamente localizarlo. Saber dónde vive o los lugares que frecuenta. Eso solo. ¿Me entiende?

—Sí, teniente. ¿Algo más?

—No, no.

Colgó de golpe el auricular, y respiró fuerte. Inmediatamente recogió el sombrero y la gabardina, y ganó con toda rapidez la puerta.

Minutos más tarde, un auto de la policía silenciaba el potente aullido de su sirena y se detenía junto a una de las aceras de la Cuarta Avenida cruce con la 38.

Descendió de él un hombre envuelto en una gabardina, y el coche reanudó su marcha por la Avenida, mientras que el individuo de la gabardina se desviaba rápidamente por la transversal hasta ganar una de las esquinas de la Avenida Madison ocupada por un alto edificio de amplios ventanales, en cuya fachada se leía, en grandes letras que al oscurecer brillaban con claridades de neón: «Wunderlich Stores». Se confundió con la gente que entraba y salía, y pronto estuvo en la planta baja. Allí trató de orientarse entre el laberinto de *stands* que exhibían los más variados artículos, y, por fin, se dirigió decididamente a la sección de papelería, parándose junto a un sujeto vestido de marrón que se inclinaba curioseando uno de los artículos. El recién llegado rozó su hombro con el del traje marrón, a tiempo que cogía del mostrador un original bloc de pastas transparentes con el escudo en oro de los «Dodgers», el famoso equipo de «baseball».

—¿Quién es? —murmuró sin apenas mover los labios, la vista fija en el lindo bloc.

—Mírelo ahí enfrente, en la sección de perfumería. El que ahora compra la pastilla de jabón —musitó su vecino, siguiéndole el juego.

Se trataba de un individuo de mediana edad, embutido en un gabán negro. El sombrero de fieltro también negro, dejaba ver bajo él un rostro de ojos inexpresivos, adornado por un corto bigote gris.

—Hasta ahora ha estado curioseando por diversos *stands* —continuó susurrando el del traje marrón.

—¿Tienen otra salida estos almacenes?

—No.

—Bueno. Usted ya ha terminado su misión. No se preocupe más del asunto. Yo me encargo de él.

En aquel instante, la linda vendedora se dirigía al supuesto cliente, con una sonrisa muy comercial:

—Treinta centavos nada más, señor. Modelo exclusivo de la casa.

—¿No lo tienen con el escudo del «Cincinnati»?

—Pues, no.

—¡Lástima!

El cliente abandonó el pequeño bloc, y se dirigió hacia la salida. Se estacionó junto a ella, interesado, al parecer, por ciertos modelos de anzuelos que se exhibían en la sección de deportes. Estuvo hablando animadamente con el joven vendedor sobre el más apropiado «mosquito» para la pesca otoñal de la trucha. Cinco minutos más tarde, dejaba de interesarse por los «mosquitos» y se despedía del dependiente para ganar la calle en seguimiento de un caballero vestido de negro.

A la hora de salir a la calle las primeras ediciones de los periódicos vespertinos, dando cuenta del mortal accidente sufrido por *Miss Bárbara Wunderlich*, de quién se ignoraba su paradero desde cuatro días atrás, intrigante detalle este último que desconcierta a las autoridades —así se expresaba la Prensa—, se presentó espontáneamente en el severo edificio de Mulberry St., una tal *Mrs. Tappleton*, amiga de la fallecida, para informar que el día de su partida de Nueva York, o sea, cuatro fechas atrás, se había encontrado casualmente con la víctima frente al edificio del «*Empire*», en la Quinta Avenida, cuando ella marchaba del brazo de su marido, hacia las tres de la tarde. *Miss Wunderlich* estaba parada momentáneamente con el coche, al borde de la acera, en espera de que se encendiese la luz verde. Sólo pudieron cambiar unas cuantas palabras. *Miss Wunderlich* dijo a los *Tappleton* que marchaba a *Pittsfield* por unos cuantos días y que en aquel momento se dirigía al «*Commodore Hotel*» para recoger a un amigo de su hermano, a quién llevaría de acompañante hasta *Stockbridge*, unas dieciocho millas antes de *Pittsfield*.

Una hora más tarde, la información quedaba confirmada. En el «*Commodore*» se acordaban perfectamente de aquel individuo, que aparecía inscrito en el registro con el nombre de *Richard Brown*, y que decía venir de *New Haven*. Sólo estuvo en el hotel veinticuatro horas y partió, efectivamente, entre tres y cuatro de la tarde indicada, en un coche que conducía una dama. El *boy* que transmitió el recado identificó sin vacilar a la conductora con un retrato de *Miss Wunderlich* que le mostraran.

Todas estas pesquisas corrieron a cargo del mismo capitán *McCoy*, ya que su subordinado, el teniente *Lester*, que entendía en aquel asunto, se había ausentado de la Central unas dos horas antes,

ignorándose su paradero.

A las siete, McCoy llamaba a la Delegación, y, segundos más tarde, hablaba por teléfono con *Mr. Hoover* para ponerle al tanto del reciente descubrimiento.

—Como comprenderá —terminó—, el dato puede ser revelador en algún sentido, y lo que se impone es entrevistarse inmediatamente con el hermano de la víctima, quien, por cierto, según me han dicho, estuvo aquí hará unas tres horas, convocado por el teniente Lester que es quien lleva este asunto. Pero el teniente estaba ausente —ignoramos a dónde habrá ido— y entonces *Mr. Wunderlich*, después de informarse de la desgracia, marchó de nuevo a la calle.

—Perfectamente, capitán. Ese interrogatorio corre de nuestra cuenta. No se preocupe, por ahora, de Robert Wunderlich. Y muchas gracias por su valiosa cooperación, aunque no podamos decir lo mismo de Lester y de sus hombres.

—No entiendo, *Mr. Hoover*. Me parece...

—Le parece lo que no es, capitán McCoy. Ese Lester está jugando un doble papel. A usted le hace una cara y a nosotros otra muy distinta. Esta mañana, él y sus hombres se mostraron francamente impertinentes, sin soltar prenda, con el agente que enviamos a Great Barrington.

—Me deja con la boca abierta. Ya le hablaré yo.

—Será lo mejor. Confunde prudencia con soberbia, y obstaculiza la tarea común. Dígaselo así.

—Descuide, *Mr. Hoover*.

Momentos más tarde, el jefe del

F. B. I.,

conferenciaba con el inspector Tower, en el despacho de éste, informándole del panorama que ofrecía el asunto en aquellos momentos.

A su juicio, la incierta solución del problema se desorbitaba, derivando por cauces imprevistos. Las fundadas esperanzas que todos alimentaban creyendo que la solución les vendría únicamente vigilando los pasos al autor de los originales crucigramas, a quién, fundadamente, había que suponer cabeza destacada en la red de espionaje, seguían sin convertirse en realidades. Ni las andanzas de *Mr. Gardner* por la ciudad, ni sus charlas telefónicas, perfectamente

controladas, daban pie a la más mínima sospecha. En su papel de transmisor de los mensajes, *Mr. Gardner* debía mantener contacto cuando menos con el personaje de Washington, fuente original de las preciosas confidencias. Pues bien, ninguna de sus actividades de aquellos últimos días lograban confirmar unos recelos que tan claramente se perfilaban. ¿Qué indicaba esto? Dos cosas: o que después de la muerte de Nick y de su esposa, los espías habían suspendido temporalmente sus subversivos manejos, o que se carecía de novedades importantes que transmitir. Persisten en las mismas medidas de vigilancia cerca de *Mr. Gardner*, y armarse de paciencia era la actitud que procedía y la que lógicamente les llevaría a la ansiada meta. Pero el imprevisto curso de los últimos acontecimientos hacía vislumbrar otros caminos que tal vez contribuyesen a la solución final, quien sabe si anticipándose a las previsiones que todos se forjaran en principio. El incuestionable asesinato de *Miss Wunderlich*, junto con el dato que le acababa de transmitir el capitán McCoy, tal vez diese origen a una pista muy importante. Urgía aclarar la personalidad del tal Richard Brown, y en este sentido, las declaraciones del hermano de la víctima se intuían llenas de interés.

—¿Se ha avisado a Allerton?

—Supongo que estará al llegar —respondió el inspector Tower.

Cinco minutos más tarde, Mat penetraba en el despacho. *Mr. Hoover*, después de ponerle en antecedentes de la última novedad, le comisionó para que localizase lo antes posible a *Mr. Wunderlich*, a fin de aclarar el importantísimo dato que la amiga de la víctima había aportado en su declaración. A continuación, le instruyó sobre el modo más conveniente de encararse con el declarante:

—En las actuales circunstancias —le dijo—, el interrogatorio tiene que llevarlo a cabo con muchísima habilidad, concediendo las máximas ventajas al interrogado a fin de ocultar nuestro juego hasta donde nos sea posible. Ignoramos por completo tras de qué figuras pueden esconderse los espías y, en tal situación, todo el mundo es sospechoso. ¿Me ha comprendido?

—Perfectamente, señor.

—Bueno. En usted confío. En cuanto haya hablado con *Mr. Wunderlich*, se pone en contacto conmigo para informarme de lo que le haya dicho.

Mat inició sus pesquisas inmediatamente, pero hasta dos horas más tarde no consiguió localizar al personaje. No se encontraba en su residencia de Long Island ni en las oficinas de los Almacenes, sin que, por otra parte, le pudieran dar en ninguno de estos dos sitios noticias de su paradero.

Por fin, a las diez menos cuarto de la noche, dio con él. Acababa de llegar a su domicilio, y allí le aguardaba.

La conversación tuvo lugar en el mismo salón de la planta baja donde sostuvieran la primera entrevista. Míster Wunderlich, que daba señales de sentirse bastante afectado por la desgracia, le explicó que regresaba de Great Barrington, adonde había ido para ver a su hermana muerta y ultimar los detalles relativos a su traslado a Nueva York. Después de las naturales lamentaciones, el hombre aludió a la funesta manía de la víctima, que él siempre le había reprochado, de conducir a velocidades excesivas, imprudencia que a lo último le había costado la vida.

—¿Cree, pues, que ha sido un accidente? —le preguntó Mat, y el dueño de la casa lo consideró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué insinúa?

—¿Se ha olvidado de que aun no sabemos dónde estuvo su hermana durante cuatro días? ¿No le parece esto muy extraño?

—Sí, desde luego. Pero como los periódicos sólo hablan de accidente y ni en la Central de policía ni en Great Barrington nadie me ha dicho otra cosa, yo...

—Porque no interesa que el público conozca la verdad —le atajó Allerton—. Pero a la policía le consta que su hermana ha sido asesinada.

—¿Asesinada? ¡No lo entiendo! ¿Por qué?

—Es lo que tratamos de averiguar. Por lo pronto, sospechamos que el asesino guarda íntima relación con cierto individuo que la acompañó en el coche, a su salida de Nueva York.

—¿Quién?

Mat le puso en antecedentes de todo lo relativo al huésped del «Commodore», sin que sus palabras produjesen en el oyente otro efecto que sumirle en el más profundo desconcierto. No sabía salir de su asombro. Ni él había pedido a su hermana que llevase a nadie en el coche, ni aquel Richard Brown fue nunca amigo suyo. Era la primera vez que oía tal nombre.

—Pues *Miss Wunderlich* así se lo dijo a sus amigos. Y debe ser cierto, porque en el «Commodore» recuerdan muy bien al huésped, y confirman su partida en el coche, en compañía de ella.

—Eso no lo dudo. Conozco a los Tappleton y su testimonio me basta. Lo que no entiendo es por qué mi hermana les mintió.

—Su hermana no tenía ninguna necesidad de mentir a los Tappleton, en el supuesto que intentase justificar de ese modo su salida de Nueva York con el tal Richard Brown —argumentó Allerton—. Le bastaba con no aludir para nada al tema.

—¡Es verdad! —reconoció su interlocutor, que se inmovilizó por unos segundos con la boca abierta. Al fin reaccionó—: Bueno, pero entonces, ¿cómo diablos pudo ella decirles que yo...? ¿Usted lo entiende?

—Quizá. Claro está que sin la menor seguridad de acertar con el auténtico motivo. Figúrese que los Tappleton mientan a sabiendas. Se hicieron los contradizos con su hermana, y le rogaron que se dejase acompañar por un amigo de ellos, huésped del «Commodore», que tenía que trasladarse urgentemente a un punto que a ella le venía de paso. Ahora se presentan a la policía y le cuentan la fábula que usted ya sabe.

—¡Eso es absurdo! —protestó su oyente—. Conozco muy bien a los Tappleton. Además, ¿por qué iban a obrar así? ¿Qué motivos...?

—Eso es precisamente lo que tratamos de averiguar: los motivos. Nos encontramos frente a un asesinato demostrado, cuyos móviles se nos escapan por completo y, por lo tanto, la ausencia aparente de éstos no permite descartar a nadie de quién se pueda sospechar por otras circunstancias. No trato, como comprenderá, de acusar a los Tappleton, y sí solo de exponer una teoría explicativa de una situación asaz confusa. Además, cabe también pensar que sus amigos obren de buena fe, que su hermana les dijera efectivamente lo que ellos declararon, y que el equívoco nazca de que algún otro personaje transmitiese a *Miss Wunderlich* un supuesto recado de usted. ¿Me entiende?

—Creo que sí. ¿Insinúa que alguien pudo decirle a Bab que yo le rogaba que se pasase por el «Commodore» para recoger a un amigo mío que...?

—¡Exacto! ¿Qué opina?

—Eso ya es más verosímil —admitió *Mr. Wunderlich*, pensativo

—. Por lo menos, explica perfectamente la conducta de Bab y la de los Tappleton. Ahora recuerdo que aquel día me despedí de ella unas dos horas antes de su partida. Tenía que resolver unos asuntos, y no me pasé por el despacho hasta las cinco de la tarde. En aquellas dos horas, alguien, por ejemplo, le pudo telefonear para transmitirle el supuesto recado mío.

—La idea es buena —le dijo Mat—. Luego interrogaré yo a la servidumbre. Tal vez algún criado confirme su suposición. Eso, si no le dieron el «recado» una vez fuera de aquí, en la calle.

—Muy remota esa posibilidad —dudó el dueño de la casa.

—Cierto, pero en último extremo, también se puede admitir —hizo una pausa, y después interrogó, adoptando ahora un tono ligero—: Según parece, los esposos Tappleton eran excelentes amigos de su hermana y suyos, ¿verdad?

—Sí —confirmó el interrogado, mirando a Mat con súbita sorpresa—. Mi hermana y ella fueron condiscípulas. Antes los Tappleton residían aquí, pero desde el fallecimiento de la madre de Amy, el matrimonio se trasladó a Washington para vivir con el padre, que quedaba viudo, el viejo Andrew Shellman.

—¿El senador por Maryland?

—El mismo. Desde entonces, los Tappleton sólo pasan en Nueva York cortas temporadas, y éste es el motivo de que últimamente no nos hayamos tratado con la asiduidad de antes. Pero... ¿por qué se interesa de nuevo por los Tappleton?

—¡En absoluto! Fue algo completamente incidental. Bueno, ahora, si le parece, interrogaré a la servidumbre y con esto daré por terminada mi misión.

—Muy bien. Le acompañaré.

Del interrogatorio no se sacó nada en limpio. Cabía en lo posible que alguien hubiese telefonado a *Miss Wunderlich* durante las dos horas anteriores a su partida, pero ninguno de los criados recordaba haber recogido el menor recado en este sentido.

Míster Wunderlich despidió al visitante con cortesía, y Mat salió a la calle, en donde cogió un *taxi*, dando las señas de la Delegación. Su reloj marcaba las diez y cuarto.

CAPÍTULO VIII

A las diez y media de aquella noche se recibía la noticia en el viejo edificio de Mulberry St. Un desconocido telefoneaba para denunciar la aparición de un cadáver en cierto lugar solitario al Norte del cementerio de Woodlawn, en Bronx. El descubrimiento lo había hecho él mismo. Venía, como todos los días, de la sucursal de New Róchele, con la camioneta del reparto cargada de envases vacíos, rumbo a la casa central de la Avenida Jerome, cuando al pasar por el trozo solitario que bordea el cementerio, le pareció entrever, a la luz de los faros, un bulto sospechoso cerca de una de las cunetas. Se detuvo, y entonces hizo el descubrimiento. Telefoneaba desde un Milk Bar de Wakefield.

Se dijo al comunicante que aguardase allí la llegada de la policía, y la radio transmitió las oportunas órdenes a los coches patrullas que prestaban servicio por aquel sector, al mismo tiempo que la brigadilla de guardia destacaba a cuatro de sus hombres al lugar del hallazgo.

A las once menos cinco, el capitán McCoy quedaba informado de la sensacional noticia. Se la transmitió uno de los agentes desplazados, desde el mismo lugar del suceso: el cadáver pertenecía a su jefe, el teniente William Lester. La identificación no ofrecía lugar a dudas. Lo habían apuñalado en algún lugar distante y después habían transportado su cuerpo en un vehículo, para abandonarlo en aquel trozo solitario de carretera, al amparo de las sombras de la noche. El facultativo calculaba su fallecimiento entre siete y ocho de la tarde y, según su dictamen, antes de apuñalarlo, había sido víctima de malos tratos.

La imprevista información le dejó atónito. Desde luego, McCoy ya estaba enterado del motivo que había impulsado a su subordinado a ausentarse imprevistamente de la Central, hacia las tres de aquella tarde. Este extremo quedó aclarado poco después de

su conferencia con *Mr.* Hoover y de ello se encargó el agente Rollins, de regreso de los Almacenes Wunderlich. Por cierto que la conducta de Lester, al obrar por su cuenta, sin informarle de sus ocultas andanzas, le llenó de irritación. Esperaba su vuelta para cantárselas bien claras. Y ahora, de pronto...

El jefe de la policía metropolitana se puso en inmediato contacto con la delegación del

F. B. I.

Dudaba de que *Mr.* Hoover estuviese por allí a tales horas. Pero McCoy ignoraba que en aquellos precisos instantes, Allerton informaba a sus jefes del resultado de su entrevista con el dueño de los citados Almacenes...

—¿*Mr.* Hoover?

—El mismo.

—Me alegro de encontrarle. Le habla McCoy.

—¿Qué ocurre, capitán?

—Se me acaba de comunicar que el teniente William Lester ha sido asesinado.

—¡Diablo! ¿Cómo ha sido eso?

El comunicante, que daba manifiestas señales del nervosismo que en su ánimo había producido la noticia, informó de cuántos detalles sabía del suceso.

—Ese desdichado —comentó el jefe del

F. B. I.

— ha pagado bien cara su osadía. Ignoraba con quién tenía que jugárselas y en su soberbia, él mismo se ha metido en el cepo.

—Sí, tenía usted razón. Yo parto ahora mismo para el lugar donde ha aparecido su cadáver.

—Ese agente que le informó, ¿no le explicó nada más?

—No, no. Simplemente lo que ya le he dicho: que por orden del teniente, llevaba ya dos días en los Almacenes en espera de que uno de esos vigilantes de la planta le señalase la presencia de un sujeto vestido de negro, para telefonar a su jefe inmediatamente. Sólo eso.

—¿Dónde se encuentra ahora ese agente?

—En el lugar del suceso. Yo iré ahora.

—Bien. ¿Quiere pasar antes por aquí? Le acompañará uno de mis hombres.

—Perfectamente.

Diez minutos más tarde, un coche de la policía penetraba en Duane St., para detenerse frente al amplio portal de un gris edificio. Inmediatamente surgió del inmueble un individuo joven y corpulento, envuelto en una trinchera, que avanzó con paso decidido hasta abrir la portezuela del vehículo.

—¿El capitán McCoy?

—Sí.

—Mi nombre es Mathew Allerton, y me envía Míster Hoover.

—Ya sé. Pase.

Se cerró la portezuela de golpe tras del recién llegado y el auto se puso nuevamente en marcha.

Pronto enfilaron la Segunda Avenida, que recorrieron a gran velocidad gracias a la escandalosa sirena que paralizaba el tráfico y despertaba la expectación de los transeúntes, muchos de los cuales se inmovilizaban al borde de las aceras. Cruzado el puente que salva el Harlem, penetraron en Bronx, y veinte minutos más tarde, arribaban al lugar del hallazgo.

Varios coches interceptaban la carretera en aquel trozo, vivamente iluminado por focos supletorios. Una docena de patrulleros se distribuían estratégicamente, acordonando el espacio, por dónde se movían otros personajes en atuendos civiles.

El cadáver yacía a unos dos metros de la carretera, boca arriba, con la gabardina y la americana completamente desabrochadas, y en una posición muy poco natural.

Mat asistió de espectador atento y mudo a todas las operaciones pertinentes. Escuchó de nuevo el informe del forense, y se hizo cargo del cambio de impresiones entre McCoy y sus subordinados. Finalmente, sostuvo un aparte con el agente Rollins. El hombre se limitó a repetir lo que él ya sabía.

—¿Quién es ese Vigilante?

—Se llama Roy, y es un empleado de la casa. A mí me lo presentó el teniente, y yo estaba en contacto con él para lo que usted ya sabe. Hoy, a las tres y media, me dio la señal, y me indicó al tipo de negro. Entonces yo le telefoneé al teniente desde los mismos almacenes, y cuando éste llegó me dijo que ya no me ocupase más del asunto. Entonces me marché a mi casa, y a las siete y media me pasé por la Central.

—¿Qué hizo el individuo de luto mientras usted estuvo vigilándole? ¿Habló con alguien?

—No, no. Se limitó a pasear de un lado a otro, curioseando por los *stands*. Bueno, también compró una pastilla de jabón y, claro está, cambiaría unas cuantas palabras con la dependiente. Pero eso fue todo.

—¿Vio salir a su jefe tras él?

—No. En cuanto el teniente me dijo que él se encargaba del asunto, salí a la calle y dejé a los dos dentro de los Almacenes.

—¿Recuerda bien al tipo vestido de negro?

—Sí. Lo reconocería nada más verlo.

—¿Y a la dependienta que habló con él?

—Pues, también. Está en la sección de perfumería, y es una pelirroja con la cara algo pecosa.

—Perfectamente. Y ese Roy, ¿sabe dónde vive?

—No, no. Apenas hablamos. Pero trabaja fijo en los Almacenes.

—¡Ya!

Mat consideró que su misión terminaba en aquel punto, y se dispuso a marchar. Pero antes conversó con el capitán McCoy. Sabía perfectamente que a la policía le interesaría localizar lo antes posible al vigilante de los Almacenes, cosa nada difícil si se dirigían a algún alto empleado de la casa. Pero Mat estimó que la medida no procedía, y que lo mejor sería no dar el menor paso en ese sentido y aguardar hasta la mañana siguiente, ya que el vigilante no dejaría de presentarse, como todos los días, en su lugar de trabajo. De esta forma, pasadas unas horas, se podría hablar igualmente con él, sin necesidad de poner a nadie sobre aviso. Expuso ante McCoy su opinión, y éste le dijo:

—¿A quién se podría poner sobre aviso? ¿Qué insinúa?

—No lo sé en concreto. Pero caminamos entre sombras y en esta situación todas las precauciones me parecen pocas. En último extremo, cuando yo hable con mis jefes, usted se pone en contacto con ellos y entre todos pueden decidir lo que juzguen más pertinente.

Así se acordó. Mat informó a sus superiores, y éstos cambiaron impresiones con el jefe de la policía metropolitana que se trasladó a la Delegación. A las cinco de la madrugada, Mat pisaba de nuevo la acera de Duane St., y se encaminaba a su alojamiento para

descansar unas cuantas horas con vistas a la jornada del día siguiente. La delicada investigación correría de su cuenta.

CAPÍTULO IX

¿Nathan Roy? Sí, lo conocía perfectamente y, en efecto, trabajaba en los Almacenes, pero aquella mañana no lo encontraría por allí. El día anterior había pedido permiso. Por lo visto, tenía que arreglar ciertos asuntos, y hasta la tarde no asomaría por la planta. Se lo dijo a ella misma, cuando el día anterior salían juntos del trabajo.

Mat miraba a la dependienta que le informaba amablemente tras el mostrador.

—¿Y no sabe dónde vive?

—Pues sí, pero no recuerdo el número. Es la penúltima manzana de casas de la 90 East, el segundo o tercer portal a la derecha. Si lo desea, pueden informarle en las oficinas.

—No, no. Ya volveré por la tarde. Es igual. Soy un antiguo amigo de Roy y sólo quería saludarle.

Se despidió de la dependienta. En la sección de perfumería divisó a la pelirroja, en amable plática con otra compañera. A aquella hora la afluencia de público era escasa, y el personal gozaba de cierto desahogo.

Consiguió localizar el domicilio del vigilante, y media hora más tarde, Conversaba con su esposa. *Mrs.* Roy confirmó la información. Su marido se encontraba en Rutterford para donde había salido a las seis de la mañana con un pariente que quería comprar un tractor. Por el hogar no regresaría hasta la noche, pero de cuatro a cinco ya estaría de vuelta en los Almacenes. Desde luego, ignoraba el lugar preciso de Rutterford donde se podría encontrar su esposo.

Mat quedó convencido de que el viaje a Rutterford ya estaba planeado con algunos días de antelación, y decidió aguardar unas horas.

A las cinco de la tarde volvía a pisar la planta baja de los Almacenes, que ahora albergaba a un público bastante más

numeroso que por la mañana. El ánimo cargado de inconcretos temores, se le aligeró notablemente cuando uno de los empleados le señaló al hombre que él buscaba.

Mat se dio a conocer discretamente, y los dos personajes conversaron en el centro de la inmensa nave, al amparo de una de las columnas. El vigilante le informó de cuánto sabía, y entonces Mat se enteró de detalles que, indudablemente, el teniente debió reservarse en su afán de topar él sólo con la pista, pero Lester no estaba en las mismas condiciones, que Mat para apreciar debidamente las confidencias de Roy. A Allerton le interesó extraordinariamente que el vigilante le hiciese minuciosa relación de cuanto se refiriese a aquel misterioso sujeto vestido de negro.

—No creo que pueda decirle mucho —opinó Roy—. Conozco al tipo por haberlo visto por aquí repetidamente. Nunca me lo tropecé en la calle, ni sé nada más de él. Siempre se ha limitado a curiosear durante un rato, de un lado a otro, adquirir alguna mercancía de poco valor y marcharse de nuevo a la calle.

—Ayer, según mis informes, compró una pastilla de jabón y estuvo hablando con una dependienta pelirroja.

—Sí. Nancy.

—¿Le compra siempre a esa Nancy?

—No, no. En otras ocasiones lo ha hecho en distinta sección y, como es lógico, ha hablado con otras empleadas y empleados. Ahora, eso sí, yo nunca le he visto adquirir nada de valor.

—¿Cuánto tiempo supone usted que hará que ese individuo viene por aquí?

—No lo puedo precisar. Unos tres o cuatro meses, supongo.

—¿Y por qué se fijó en él?

—Es mi obligación ver la gente que entra y sale, y vigilar sus andanzas por los *stands*. Soy buen fisonomista y, como es lógico, llego a familiarizarme con los rostros de los que nos visitan con alguna asiduidad.

—¿Es, por lo tanto visitante habitual?

—Sí. No aparece con la frecuencia de otros, pero sí con regularidad. Algo así como una vez por semana, casi siempre los lunes o los martes. Así se lo dije al teniente y, en efecto, ayer era martes y vino.

—¿Ocurre aquí algo los lunes o martes que no pase los demás

días?

—No —rió el vigilante, considerando a su interlocutor con extrañeza—. Todos los días, salvo los domingos que cerramos, son iguales.

Mat arrugó el rostro, y se pasó por él la mano en silencio. Al parecer, no conseguía «entrar en situación» y se sentía desconcertado. Roy le miraba con atención.

—Repítame de nuevo lo que hace ese tipo, desde que entra por la puerta hasta que vuelve a salir, sin omitir detalle por mínimo que le parezca.

—¡Pero si ya se lo he dicho! Anda caprichosamente por los diversos *stands*, compra cualquier chuchería, nunca en el mismo sitio, coge uno de nuestros anuncios y se va. Eso es todo.

—¿Qué anuncios? —indagó Mat, con viveza.

—Pues los que lanzan nuestros Almacenes con su oferta semanal.

—Eso no me lo había dicho antes.

—Bueno, se trata de un detalle sin importancia. Los anuncios están en los *stands* y todo el mundo puede cogerlos.

—¿Y dice que son semanales?

—Sí. Cada siete días nuestros almacenes hacen al público una oferta especial de un lote de artículos, con los precios habituales rebajados. Las rebajas alcanzan a veces hasta el cuarenta por ciento, y así el público pica que da gusto. Una buena propaganda, ¿no cree?

—Desde luego. ¿Y no reparten también esos anuncios por las calles?

—No. El público sólo puede cogerlos aquí. Todos los lunes se renuevan.

Mat se echó a reír, y su interlocutor abrió los ojos, expectante. Nuestro héroe creyó adivinar su pensamiento, y le dijo, sonriente:

—Ya ve como los lunes ocurren cosas que no pasan los demás días.

—Sí... pero no comprendo...

—Disculpe. Era una broma.

Mat avanzó hasta el *stand* más próximo, y cogió una de las hojas que se apilaban sobre una de las vitrinas. Un papel verdoso, tamaño cuartilla holandesa, impreso por una de sus caras. En su

encabezamiento, se leía:

«Wunderlich Stores hace a su distinguida clientela su oferta número 17. Sólo del 6 al 11 de mayo del presente año».

A continuación y por secciones, con indicación de la planta y número de *stand* correspondientes, el anuncio enumeraba una serie de los más diversos artículos —cuarenta en total— con sus precios provisionales para aquella semana, a una columna. Al final, este «slogan» publicitario:

«Precios rebajados de precios sin competencia».

Mat alzó por fin los ojos del papel para fijarlos en Roy, y éste tuvo la impresión de que alguna idea luminosa había asaltado de súbito el cerebro del visitante. Le brillaban las pupilas y la sangre coloreaba ligeramente sus atezadas mejillas. Se extrañó de que le preguntase en tono natural:

—¿Qué significa esto de «oferta número 17»?

—Pues es bien simple: que ese anuncio es el diecisiete que se lleva tirado.

—O lo que es lo mismo, que sólo hará unos cuatro meses que los Almacenes iniciaron su campaña de ofertas semanales, ¿verdad?

—¡Claro!

—Poco más o menos, el tiempo que ese tipo lleva viniendo por aquí —deslizó Mat con un guiño de malicia, y Nathan Roy guardó silencio, sin disimular su expectación. Allerton echó a reír y prosiguió—: Oiga, Roy. Estoy seguro de que es usted hombre discreto. Guarde el más completo silencio sobre esta conversación. Es más, usted no me ha visto en su vida, ¿entiende?

—Entiendo. El teniente me hizo la misma recomendación, y si he quebrantado el secreto es porque usted es autoridad. Pero la verdad, no entiendo nada de lo que pasa.

—Bástele saber que el teniente fue asesinado anoche.

—¿Asesinado?

—Sí, Roy. La Prensa no ha dicho nada, porque no conviene que se airee el hecho, pero lo apuñalaron.

Ahora, de estar a su alcance, me interesaría que me hiciese un favor. ¿Podría proporcionarme anuncios de éstos, atrasados? Cuantos más, mejor.

—No creo que sea difícil. Los sobrantes de cada semana los retiran todos los sábados de aquí, pero en las oficinas...

Mat denegó con la cabeza, mientras le decía:

—No interesa que se sepa que alguien se preocupa por esos anuncios. La noticia podría llegar a ciertos oídos.

—Bueno, sí, pero en el departamento de publicidad trabaja un conocido que me merece la más absoluta confianza.

—Está bien —consintió Mat—. En último extremo, si no los tiene muy a mano, que le dé las señas de la casa en donde los tiran, porque, como verá, aquí no figura ningún pie de imprenta.

El vigilante desapareció por la corta escalinata del amplio vestíbulo que llevaba a los ascensores. Mat se guardó el anuncio, y se dedicó a curiosear por el *stand* más cercano. Una pila de anuncios similares se ofrecían al alcance del público sobre una de las vitrinas mostrador, junto a otros plegados por su mitad, de papel blanco. Cogió uno de estos últimos, una especie de catálogo de la sección loza y cristal. Allí sí figuraba el pie de imprenta: «Westbury Co. Carroll St. 28. Brooklyn».

Pasados unos diez minutos, Roy se le unió, procedente del vestíbulo.

—¿Lo ha conseguido?

—No. Esos anuncios no proceden de publicidad. El departamento de ventas tiene que fijar los precios, y de allí salen los originales para la imprenta. Por cierto que era *Miss Wunderlich* misma la que se ocupaba del asunto.

—¡Ah! ¿Sí?

—Eso dicen. Los anuncios sobrantes deben bajarlos al sótano, y después, venderlos como papel viejo, pero yo no he querido hacer más pesquisas.

—Ha hecho bien.

—Lo que le traigo son las señas de la imprenta.

—Una de Brooklyn, ¿verdad?

—No, no. Eso creía también mi amigo. Para cerciorarse fue a «Ventas» y allí le dieron esta dirección: «Fairmouht St. 28, Newark» —leyó en un papelito que entregó a Mat, al tiempo que añadía—:

Por cierto que mi amigo se extrañó mucho.

—¡Y yo también! Creo que su amigo, ha cometido una imprudencia.

—¿Por qué? —interrogó el vigilante, con asombro.

—No lo sabría decir. ¿Algo más?

—Sí. Al bajar recordé que una vez cogí un anuncio para envolver una pastilla de jabón que guardo en mi armario de los lavabos. Fui allí, y, en efecto, se trataba de la oferta de hace tres semanas. Aquí está, un poco arrugada, pero en buen estado.

Mat se hizo cargo del viejo anuncio, que se guardó en la trinchera con el otro. Se despidió del vigilante, y Segundos después, pisaba la acera de la calle para encaminar sus pasos hacia la Quinta Avenida.

En la otra acera, frente a los Almacenes, un sujeto que parecía esperar aburridamente a alguien, apoyado en el quicio de un portal, al divisar a Mat se enderezó y le, siguió paralelamente los pasos, a una prudencial distancia.

Jamás pensó Dolly pasar tres días tan horribles como aquéllos. La disparatada escena no se le iba de la cabeza. ¿Cómo era posible que el hombre que en tres años de noviazgo le había dado tantas pruebas de amor y a quién ella estaba segura de conocer perfectamente, se hubiese tornado de súbito en un ser absurdo, capaz de tal felonía? No lo conseguía entender. Pasado el pasmo que le produjo la actitud de Mat, una certeza fue afirmándose en su ánimo: Mat había procedido así, impulsado por una razón oculta y poderosísima. No podía ser de otra forma. Claro que su intuición tal vez fuese el simple subterfugio de que se valía su decidido amor por él, para intentar velar la espantosa realidad. Sus padres se encontraban en mucho mejor situación que ella para juzgar, y su opinión era bien tajante: Mat se había revelado como un consumado canalla. Ella no podía oponer el menor argumento a este juicio de sus progenitores. Sólo su absurda fe que, como es lógico, no podía expresarse en palabras. Y Dolly callaba y sufría en silencio, hasta que aquella tarde, tres días después de la obsesionante escena, sonó el teléfono, justamente cuando sus padres se encontraban en la calle y ella sola en el piso.

—¡Diga!

—¿Miss Gardner? —indagó una voz de hombre.

—Sí, sí. ¿Quién la llama?

—Quisiera hablar con ella. Se trata de algo muy importante y urgente.

—Yo misma soy. ¿Quién es usted?

—Un amigo de Mathew Allerton.

Dolly se sintió de pronto positivamente angustiada, y guardó silencio. Su interlocutor prosiguió:

—Necesita verla urgentemente. Tiene que comunicarle algo muy importante.

—No comprendo. Además, no creo que Mat y yo tengamos que decírnos ya nada.

—Disculpe, *Miss Gardner*. Yo cumplo un encargo. Por otra parte, creo que hace mal no accediendo a su ruego. Él no puede telefonarle y yo me brindé a hacerlo, asegurándole que la llevaría a su lado.

—Pero... ¿qué ocurre?

—Mat está herido, señorita.

—¿Herido? ¿Qué le ha pasado? ¿Dónde se encuentra?

—¡Cálmese! No podemos perder el tiempo con exclamaciones. Tiene que darse prisa. ¿Qué le parece si dentro de diez minutos paso a buscarla con el coche? Entonces le explicaré.

—¡Sí, sí! ¡Venga cuanto antes!

—Muy bien. Espéreme en el portal. Y no le diga nada a nadie. Mat sólo quiere verla a usted. No pide otra cosa. Y ahora disculpe, señorita. ¡Hasta pronto!

Dolly dejó caer el auricular y echó a correr por el pasillo, en dirección a su cuarto. Una vez en él, se dejó caer de golpe sobre el lecho, prorrumpiendo en sollozos. Mat se moría. Tal vez cuando estuviese a su lado, ya no lo viese vivo.

Se puso en pie, y se secó las lágrimas. Después se calzó unos zapatos de calle y se echó el abrigo sobre los hombros.

Minutos más tarde, un auto negro paraba frente al 160 de la Avenida Lexington, y una muchacha surgía del portal del inmueble, avanzando rápidamente hacia él.

—¿*Miss Gardner*? —preguntó el conductor, un hombre de mediana edad, vestido de negro, con un corto bigote gris.

—Sí, yo soy.

Le franqueó la portezuela, y Dolly ascendió, sentándose junto a

él.

—¿Cómo está Mat? ¡Por Dios, dígame algo!

—Hay que darse prisa. No se encuentra muy bien, y quiere verla.

La muchacha se tapó el rostro con ambas manos, a tiempo que el coche arrancaba para perderse de vista instantes después, al doblar la esquina de la

33 St.

CAPÍTULO X

Mat se retrepó en el asiento, y por encima del pupitre dirigió sus ojos a los amplios ventanales que se abrían al Bryant Park. Se encontraba en la sala de lecturas de la «Public Library», en compañía de silenciosos y atentos lectores. Sólo él parecía desentendido de la tarea. Ahora suspiraba con notoria satisfacción, y una sonrisa de triunfo se dibujaba en sus labios. Aquellos minutos que llevaba en la biblioteca los recordaría siempre como los más decisivos de su vida. El intrincado problema de espionaje estaba ya resuelto. La súbita intuición que a la vista del anuncio-oferta le asaltara en los Almacenes, había tenido plena confirmación. La prueba irrefutable la tenía ante sus ojos, sobre el pupitre: un ejemplar del «New York Evening Post» del 20 de abril, conteniendo el crucigrama cuyo recorte guardaba en uno de sus trajes «Dedos de Seda». La lista de números que le acompañaba, clave del mensaje; y el anuncio atrasado que le entregara Roy. La oferta de aquella semana incluía treinta y cinco artículos, con sus treinta y cinco precios correspondientes. En el anuncio se leía:

Pantalones caballero, lana primera calidad, 10 dólares.

Camisas *sport*, manga corta, colores surtidos, 2'8»

Sueters lana con mangas, cierre cremallera, 8'9»

Shorts fibra nylon para excursiones, 7 dólares.

Y en la lista manuscrita:

- 10
- 28
- 89
- 7

Es decir, que, prescindiendo de las comas, los números representativos de los precios se correspondían exactamente y por el mismo orden con los que figuraban en la lista manuscrita, o, lo que era lo mismo, el anuncio constituía la auténtica clave que Nick se limitó a copiar en el papel.

Si se consideraba que el crucigrama se había publicado el viernes 20 de abril y que en el anuncio se leía: «Oferta número 15... Del 23 al 28 de abril del presente año», saltaba a la vista que la clave se confeccionaba en forma de anuncio cuando el crucigrama ya había salido en el «*Evening Post*» y con este detalle, o sea, que el problema de palabras cruzadas no incluía en principio, el menor mensaje. Éste nacía a *posteriori*, cuando el autor de los anuncios proporcionaba en los precios la maliciosa clave mediante la cual se podían sacar preciosas confidencias de un inocente pasatiempo. ¿Qué indicaba esto? Algo que inundaba de júbilo el corazón de Mat. Que *Mr. Gardner*, el hombre que iba a ser su suegro, se encontraba por completo al margen del asunto, y que su inocencia quedaba plenamente demostrada. El peligroso espía que recibía y transmitía aquellos mensajes de un modo tan original, no podía ser otro que aquel que en los «*Wunderlich Stores*» confeccionara los anuncios. El personaje no mantenía contacto directo con los destinatarios. De esta tarea se encargaba el misterioso enlutado, que todos los lunes o martes pasaba por los Almacenes con la única finalidad de llevarse la nueva oferta semanal para una vez en sitio seguro, comprobar, a la vista de los crucigramas publicados con anterioridad por el «*Evening Post*», si había alguna novedad.

En fin, era posible que algún detalle del panorama así esbozado, no concordase con la realidad, pero en lo substantivo no cabía ya el error. Ahora lo que interesaba era actuar. Se pondría en inmediato contacto con sus jefes y mucho tenía que equivocarse, si pasadas unas horas, el peligroso negocio no quedaba liquidado y resuelto. Después se entrevistaría con Dolly y aclararía el maldito equívoco. Dolly lo comprendería y sabría perdonarle. Dolly...

Mat guardó los papeles y amontonó, después de ordenarlos, los ejemplares del «*Evening Post*» solicitados. En aquel preciso instante, una de las bibliotecarias se aproximó a su pupitre.

—¿Es usted Mathew Allerton? —indagó en tono bajo.

—Sí —respondió él, sin ocultar su sorpresa.

—Le llaman urgentemente por teléfono —como Mat no diera señales de salir de su asombro, la muchacha aclaró—: El comunicante nos dio su nombre y señas personales, diciéndonos que se trataba de algo muy urgente y asegurándonos que usted se encontraba en la biblioteca.

—Ya comprendo. ¿Dónde está el teléfono?

—¡Sígame!

Cruzaron la sala en silencio, y al salir al amplio corredor, la mujer le indicó la cabina que tenía la puerta abierta. Mat entró en ella y se hizo cargo del auricular a tiempo que cerraba la hoja.

—Aquí Mathew Allerton. ¿Quién me llama?

—Oiga, Allerton —se oyó una voz de hombre—. Le va a hablar su novia.

—¡¡Eh!!

Inmediatamente, la inconfundible voz de Dolly se deslizó hasta su oído:

—¡Mathew! ¿Eres tú?

—Sí, Dolly. ¿Qué diablos pasa?

—Estoy con unos hombres. Me dijeron que tú estabas muy malherido, que querías verme, y yo, pues salí de casa... pero no era verdad y me han traído aquí. Yo...

—¿Dónde te encuentras? —gritó Mat, fuera de sí.

—No sé. Me llevaron en un coche por...

Cesó de súbito la voz de la muchacha, y nuevamente habló el hombre:

—Oiga, Allerton, como habrá comprobado, su novia se encuentra en nuestro poder, y, por ahora, está perfectamente. No pierda los estribos si en algo estima su vida, y escúcheme con calma. ¿Me oye?

Mat temblaba de excitación. Una cólera incontenible incendiaba todo su ser.

—¿Me oye? —volvió a insistir la voz.

—¡Le oigo!

—Perfectamente. Tratemos pues, la cuestión con toda frialdad. Sabemos lo que hace usted en esa biblioteca, y no tenemos inconveniente en admitir, si aún no ha resuelto el problema, que ése es el buen camino para su solución. Ya ve que somos francos. A la fuerza, como comprenderá, porque una vez encarrilado por esa

ruta, más tarde o más temprano, la solución le vendría a las manos. Como es lógico, a nosotros no nos interesa que lo que usted ha descubierto se propague a otros oídos, y por eso tenemos ahora aquí a su novia. Es nuestra garantía. Su vida por ese secreto. ¿Comprende?

—Comprendo. ¿Qué más?

—Me place verle tan razonable. Y prosigo... La simple conformidad verbal a nuestra propuesta, no llena en modo alguno nuestras aspiraciones. Usted puede muy bien asegurarnos que guardará escrupulosamente el secreto mientras a su novia no le pase nada y después y subterráneamente, deslizar la confidencia que sólo tendría las esperadas consecuencias cuando *Miss Gardner* hubiese recobrado la libertad, tarea a la que se dedicaría incansablemente desde ahora. Esto no nos interesa, Allerton. El dilema que le ofrecemos es el siguiente: obediencia ciega a mis instrucciones o el sacrificio de esta linda dama. ¿Qué elige?

—Dígame las instrucciones —demandó Mat sombríamente, tras corta pausa.

—Es usted un caballero —ironizó el hombre—. Escuche, Allerton. Desde este precioso instante está usted en nuestras manos, y no puede llevar a cabo la menor iniciativa particular. Mis hombres le vigilan. Si vuelve la cabeza, verá a uno de ellos que no le pierde de vista.

Mat desvió los ojos y a través del cristal de la puerta, divisó a un tipo de gabardina y sombrero marrón que, en pie, parecía aguardar turno. El sujeto tenía un cigarrillo en la boca y al cruzar con él la mirada contrajo significativamente los labios.



Mat desvió los ojos y a través del cristal de la puerta, divisó a un tipo que parecía vigilar.

—Ese hombre —proseguía el comunicante— vigilará estrechamente sus andanzas, y le acompañará hasta aquí. Naturalmente, usted puede detenerlo, pero no se lo aconsejo. Otras personas que usted no sabría identificar tienen sus ojos puestos en él, y en cuanto le suceda lo más mínimo, me telefonarán. Excuso

decirle lo desagradablemente que repercutirá la llamada en *Miss Gardner*.

—Es usted un canalla muy listo —masculló Mat—, pero en esta ocasión se ha pasado de rosca. No me gusta nada su plan. Para aceptarlo necesitaría garantías de que una vez yo en su poder, *Miss Gardner* recobrará la libertad, y ustedes no pueden dármela.

—*Miss Gardner* no nos podrá perjudicar. No sabe nada esencial.

—Pero para ustedes es mucho más cómodo liquidarla después de haber hecho lo mismo conmigo. Conozco sus métodos.

—Si desconfía no haremos nada, amigo. Lo siento por nosotros... y por *Miss Gardner*. ¿Suspendemos la charla?

Mat guardó silencio. El corazón le martilleaba en el pecho. El comunicante repitió la pregunta con escalofriante serenidad, y Allerton rió sordamente.

—¡No! Es usted un tipo de suerte. Resulta que circunstancias especiales me pueden garantizar la vida de *Miss Gardner* cuando yo me encuentre ya en el cepo y aunque la verdadera intención de ustedes sea no ponerla en libertad.

—¡Ah! ¿Sí?

—No lo dude. Se lo explicaré cuando nos encontremos frente a frente.

—¿Acepta, pues, las condiciones?

—¡Sí!

—Encantado, Allerton. Ahora condúzcase con mucho juicio y no haga ninguna tontería. El hombre que aguarda a sus espaldas le dirá lo que tiene que hacer, y lo traerá hasta aquí. La menor imprudencia de su parte supone la ruptura irrevocable de lo pactado... y lo que usted ya sabe.

—No se preocupe. Todo saldrá muy bien.

—Así lo espero. ¡Hasta pronto!

Cortaron la comunicación, pero él se mantuvo con el auricular pegado a la oreja, fingiendo proseguir la charla. Se sentía inundado de rabia y desesperación, sin la menor idea de lo que podría hacer, y quería ganar unos segundos preciosos, con la esperanza de que alguna luminosa idea le sacase de la espantosa encrucijada en que se veía metido. Pasaban los segundos, y no se le ocurría nada. Notaba tensos sus nervios; a punto de estallar. ¡Calma, mucha calma! Echarlo todo a rodar acogotando, por ejemplo, al tipo que

no le perdía de vista a través del cristal —¡y qué ansias tenía de hacerlo!— conduciría indefectiblemente a la muerte de Dolly en corto plazo. Por otra parte, prestarse con docilidad al juego de aquella gente, ¿qué significaría, si no prolongar la situación que, al final, quedaría resuelta del mismo modo sangriento en cuánto él estuviese ya en el cepo? Llegado a este extremo, a Dolly la matarían, como a él, sin remisión. ¿Qué hacer, Dios mío? Ganar tiempo. Era la única salida que veía a su alcance. Y hacer gala de sangre fría, en espera de alguna idea salvadora, de... no sabía qué.

Movió los labios, fingiendo despedirse, y colgó el auricular. Inmediatamente, el tipo que aguardaba repiqueteó con la uña en el cristal. Mat se alzó, y abrió la puerta.

—¿Conformes?

—Si —dijo, asaeteándole con la mirada.

El desconocido dio una última chupada al cigarrillo y lo arrojó al suelo antes de hablar:

—Entre en la biblioteca y espéreme sentado en el pupitre. No hable con nadie ni vuelva la cabeza hacia atrás. En cuanto desobedezca, el trato está roto. ¿Comprendido?

—No soy tonto.

Se adentró en la amplia sala y, a paso mesurado, se encaminó hacia el lugar que ocupara. Fue al sentarse precisamente cuando aquella idea irrumpió en su cerebro. Una remota posibilidad, pero la única que tenía a su alcance. ¿A qué se debía que en los anuncios oferta de los «Wunderlich Stores» no figurase el pie de imprenta? Por otra parte, ¿no era sintomático que el amigo del vigilante se hubiese extrañado de aquélla anomalía, y más de que la imprenta que los tiraba no fuese la misma cuyas señas figuraban en los demás impresos de la casa? Tal vez se esperaba que si alguien llegaba a interesarse por aquellas ofertas semanales, entrase en deseos de indagar dónde se imprimían. En este caso, se le indicarían unas señas, a dónde importaba mucho que acudiese un tipo tan curioso. ¿Sería posible...?

Mat se aferró a la remota posibilidad. No podía perder ni un segundo. Cogió del pupitre una cuartilla con el membrete de la biblioteca y, fingiendo no hacer nada, escribió todo lo aprisa que pudo un corto texto. Cuando terminó, dobló el papel y lo deslizó disimuladamente en el bolsillo de su chaqueta. Nadie podía haberle

visto. Se encontraba aislado en un extremo y la inclinación del pupitre ocultaba el juego de sus manos a cualquier mirada.

Un minuto más tarde, el tipo de la gabardina avanzaba hasta detenerse junto a él.

—¿Vamos?

—Cuando guste —le dijo Mat, alzándose.

Devolvieron los periódicos y salieron a la calle. Allí su acompañante lo cogió amigablemente del brazo. Mat lo miró con acritud.

—¿Es necesario?

—Sí, porque vamos a ir andando, y así es más cómodo. No me gustaría subir en un *taxi* con usted. Por la calle vigilarán mejor todos sus movimientos. Por ahora todo va como una seda y seguramente ya se lo habrán telefoneado así al jefe. Naturalmente; si usted hace alguna tontería, enseguida habrá contraorden.

—Ya veo que lo tienen todo muy bien organizado.

Su acompañante sonrió burlón. Conversaban en tono bajo, con el aire de dos perfectos camaradas.

—Tomaremos el «metro» —anunció el desconocido—. Usted no se separe de mí.

—Muy bien.

En la estación de la

33 St.,

subieron al expreso, que no paraba hasta Jersey Ct. «Camino de Newark», pensó Mat, y el corazón le dio un vuelco de alegría. En el vagón tendría que desprenderse del papel, dárselo a alguien sin llamar la atención del acompañante ni de la persona o personas que les vigilasen.

La fortuna fue su aliada. Se sentaron juntos y el desconocido sacó un periódico.

—Lea este artículo del «Times». Es muy interesante.

No quería, por lo visto, que se fijara en los viajeros. Mat lo desdobló con parsimonia. Una señora se sentó a su lado, colocando entre ambos una gran bolsa de hule repleta de paquetes. Cubriendo su mano izquierda con el periódico, consiguió sacar la cuartilla del bolsillo, y deslizarla en el interior de la bolsa.

Quince minutos más tarde, salían de la estación de Jersey City. Cruzaron la plaza. En la esquina de Grove St., aguardaba un

«Sedán» barnizado de negro.

—Suba a ese coche —le indicó el de la gabardina.

Cuando abrió la portezuela, dos tipos le sonrieron desde el interior.

—¡Hola, Allerton! Le esperábamos.

—Muy bien. ¡Es un placer! —Correspondió Mat, que se sentía mucho más sereno.

—Siéntese aquí, en medio de los dos.

—¡Qué honor!

El personaje que le había acompañado hasta entonces se fue al «baquet» con el chofer, y el auto arrancó. Inmediatamente, Mat sintió el inconfundible contacto de dos pistolas sobre sus riñones.

—Soy un chico muy pacífico —protestó, sonriente—. Procuren no hacerme daño, sobre todo mientras no hable con el jefe. Les conviene a todos.

—No se preocupe. ¡Regístralo, Bill!

El aludido, sentado a su derecha, le cacheó hábilmente, desarmándole sin que Mat ofreciese la menor resistencia.

—¡Buen juguete! —alabó, cuando tuvo la «Colt» en sus manos.

—Un obsequio de papá Noel.

—No se haga el gracioso, Allerton. ¡Ha caído en nuestras manos!

—No creo que les haya costado mucho trabajo —comentó Mat, con indiferencia.

Salieron de Jersey City, y enfilaron la autopista que llevaba a Newark.

—¿A dónde me llevan? —indagó Mat, haciéndose el ignorante.

—Ya lo verá.

Quince minutos duró la carrera. Traspasadas las primeras casas de Newark, el coche se desvió a la izquierda por una calle a medio urbanizar, y se detuvo frente a una casa aislada, de una sola planta, con aspecto de fábrica o de taller. Sonó por tres veces la bocina, y se abrió la verja a la derecha de la entrada principal, cuya puerta estaba cerrada. Manióbró el chofer, y el coche se adentró por un túnel hasta un patio interior.

—Hemos llegado. Baja.

Por una puertecilla lateral, los cuatro hombres penetraron en el interior de una nave solitaria que albergaba máquinas de diferentes formas y tamaños, cubiertas por lienzo y arpilleras. Una imprenta,

sin duda, pero, por los síntomas, paralizada desde hacía bastante tiempo.

La cruzaron en silencio y, por una escalerilla, descendieron al sótano. Allí cambiaba por completo la decoración. Una excelente iluminación eléctrica ponía de relieve la limpieza del corredor por donde marchaban, con puertas que dejaban ver el perfecto orden de algunas habitaciones. Se detuvieron al final, y golpearon en una puerta.

—¡Adelante!

Alguien que Mat conocía muy bien, se alzó de una butaca.

—¡Pase usted, Allerton! ¿Se sorprende de encontrarme aquí?

—No mucho, *Mr. Wunderlich*.

El dueño de los populares almacenes se echó a reír. Junto a él, un hombre vestido de negro contemplaba a Mat sin despegar los labios.

—¡Cerrad la puerta! Y usted tome asiento, Allerton.

Dos de los pistoleros quedaron dentro, a pocos pasos del umbral, mientras el otro cerraba la hoja por fuera. Mat ocupó una silla, y *Mr. Wunderlich*, que parecía sentirse bastante satisfecho, se paró a pocos pasos de él.

—¿Creerá, Allerton, que le tengo cierta simpatía?

—¡No!

—Pues así es. Lo malo es que se ha metido en camisa de once varas.

—Déjese de retóricas, si le parece. ¿Dónde está *Miss Gardner*? Antes de tratar con ustedes, necesito verla.

Sus interlocutores lanzaron una carcajada, y *Mister Wunderlich* le dijo:

—Ya no hay trato. *Miss Gardner* y usted ya están incondicionalmente en nuestras manos.

—Eso se cree usted. ¿Me consideran tan tonto como para haber acudido a la amable cita sin tener una buena baza en mis manos? Pueden despedirse de la idea de que una vez liquidados los dos, ustedes ya no correrán peligro.

—¿Qué insinúa?

—Que el hilo que he cogido yo, lo puede coger otro.

—No, Allerton. La fuente de donde usted bebió ya está seca.

Mat cazó al vuelo la intención de la frase, y se echó a reír.

—Yo me entiendo, *Mr. Wunderlich*. Ya supongo que se habrán ocupado de que Nathan Roy no pueda abrir más la boca. Pero yo no aludía a Nathan Roy.

—Usted —saltó el individuo de negro—, desde que habló con ese hombre, no se ha puesto en contacto con nadie. Hemos seguido todos sus pasos.

—Pero no mientras el vigilante estaba haciendo ciertas preguntas en las oficinas, y yo quedaba solo en la planta baja —apuntó Mat, con una sonrisa.

Los dos hombres cambiaron una rápida mirada de alarma, y Mat tuvo conciencia de haber dado en la diana.

Reaccionó el hombre enlutado.

—No creemos ni media palabra de lo que insinúa.

—¡Bueno!... —comentó Allerton, encogiéndose de hombros—. Ya pagarán cara la incredulidad.

—¿Por qué no prueba a concretar algo más su insinuación? —intervino *Mr. Wunderlich*—. Tal vez así podamos creerle.

—No tengo inconveniente. Cantaré de plano, en cuanto *Miss Gardner* recobre la libertad.

—¡Cantará de plano en cuanto nosotros nos lo propongamos! —le gritó el segundo personaje, contemplándole con el rostro contraído.

—No pierda usted los nervios, amigo, y considere la cuestión con frialdad —le replicó Mat, muy tranquilo—. A un hombre que, como yo, se entrega voluntariamente sabiendo el fin que le aguarda, no es muy fácil sacarle del cuerpo palabras que no quiera decir. ¡Me parece a mí! De todas formas, pueden intentarlo. Pero dense prisa, porque pasadas dos horas ya será tarde.

Era tal la firmeza y serenidad de que hacía gala nuestro héroe, que sus oyentes quedaron, a su pesar, impresionados, Mat, con conciencia exacta de la situación, sonrió despreciativo y guardó silencio.

—¿Qué pasará, transcurridas las dos horas? —inquirió *Mr. Wunderlich*, reaccionando—. ¿O también pertenece ese punto al secreto del sumario?

—No. Se lo explicaré... A las ocho y media en punto debo telefonar a cierto personaje, con quien conversé en los Almacenes mientras Roy estaba en las oficinas. De no ser así, este sujeto ya

sabe muy bien lo que tiene que hacer, sobre todo después de que la noticia de mi desaparición se haya hecho pública. Pongan ustedes en libertad a *Miss Gardner* y les diré quién es ese individuo y dónde pueden encontrarlo... antes de las ocho y media. Naturalmente, exijo garantías de que la condición que impongo se cumplirá fielmente. Para ello necesito hablar a solas con *Miss Gardner* y después, pasado un tiempo prudencial, comprobar el hecho telefoneándole a un número que me reservo. Ahora, pueden decidir.

—No nos interesa el trato —sonrió el hombre enlutado, con un siniestro brillo de alegría en los ojos—, sobre todo porque creo que he encontrado una solución mucho mejor para hacerle cantar. Tal vez le conmuevan los gritos de dolor de cierta dama. ¿No cree?

Mat guardó un hosco silencio, y el enlutado se hizo cargo del auricular de un teléfono interior, por dónde habló:

—Oiga, Larson. Traigan a la muchacha.

Cuando Dolly penetró en la estancia, sujeta por ambos brazos en medio de dos hombres, Mat se sentía preso de los más negros sentimientos.

—¡Mat! ¡Mat! —gritó Dolly, intentando inútilmente de correr a su encuentro.

La miró. Una nube de sangre obscurecía su mente. Todo se lo había llevado el diablo. Se sabía incapaz de soportar que torturasen a la muchacha en su presencia. Aun indefenso, saltaría sobre ellos y lo matarían. Después... La esperanza de que la hipotética ayuda llegase a tiempo, se desvanecía por completo. Por lo menos, la defendería hasta el último aliento.

—Bueno. Ya la tenemos aquí, Allerton. ¿Empezamos la fiesta?

—No. Hablaré. Pero antes, suéltenla. Quisiera abrazarla.

—¡Está bien! —sonrió el hombre de negro—. Confieso mi debilidad por ciertas escenas patéticas. Soltadla, muchachos, y no desviéis las pistolas de la pareja.

Libre ya de sus guardianes, Dolly corrió sollozante al encuentro de Mat, que la estrechó contra su pecho. Después, sin deshacer el abrazo, se volvió de espaldas y hundió la boca en su pelo, junto a la oreja, para susurrarle:

—¡Tírate al suelo! ¡Dolly, querida mía, ahora cuando te suelte, tírate al suelo enseguida! ¡Obedéceme, amor mío!

Pero en aquel preciso instante, milagrosamente, sonó con júbilo

—así lo juzgó Mat— el timbre del teléfono urbano que aparecía junto al interior, sobre la mesa. ¿Sería posible que...? Allerton contuvo la respiración, sin soltar a la muchacha... Oyó la voz alterada de Míster Wunderlich:

—¿Eh?

Y, de pronto, el golpe brusco del auricular sobre la horquilla.

—¿Qué ocurre?

—¡La policía viene hacia aquí! Lo acaban de decir.

—¿Quién? ¿Y cómo diablos...?

—No sé, pero...

Las agitadas voces revelaban un pánico que ya no trataban de disimular.

—Hay que huir. ¡Aprisa!...

Mat oyó que abrían la puerta. Uno de los hombres dijo:

—Pero antes...

Intuyó lo que aquello podía significar, y empujó fuertemente a Dolly, que cayó al suelo mientras él corría velozmente hacia el extremo opuesto, a tiempo que simultáneamente sonaban tres disparos. Un súbito apagón de luces sumió el sótano y toda la casa en la más completa oscuridad. La confusión se incrementó, subiendo de punto cuando, en la lejanía, se dejaron oír las sirenas de la policía.

Se inició la desbandada general entre gritos, caídas y carreras.

Mat avanzó a tientas hacia la puerta. Tropezó su pie con un objeto metálico. Era una pistola. Al final del largo corredor, unas siluetas se agitaban al resplandor de una linterna sorda. Disparó, y cayó un bulto. Después, volvió a reinar la más absoluta oscuridad.

Cuando a tientas pudo ganar la imprenta, los coches de los espías salían a la calle solitaria. Zumbaron los motores. Y entonces hablaron las ametralladoras de la policía, convenientemente apostadas, que cerraban todas las salidas. Mat rompió a reír. ¡Habían caído en la ratonera! El milagro se había realizado.

Volvió sobre sus pasos y descendió de nuevo al sótano. Por allí andaba Dolly, indemne, llamándole. Se abrazaron en la oscuridad.

—¿Cuándo le dieron la noticia?

La pregunta la había hecho Mat, que se encontraba en el despacho de Tower, de la Delegación, en compañía de éste, de *Mr.* Hoover y de su prometida.

—A las seis y cinco —informó el jefe del
F. B. I.

—. La buena mujer bajó en Jersey City y, al llegar a su casa y sacar los paquetes de la bolsa, se tropezó inmediatamente con el papel que usted había dejado caer en ella. Enseguida nos telefoneó, leyéndonos el texto. ¿Cómo diablos pudiste adivinarlo, Allerton?

—Tal vez porque el peligro agudiza la inteligencia. Intuí que cuando en el departamento de ventas de los almacenes dieron al vigilante aquella dirección, fue con la exclusiva intención de que yo acudiese espontáneamente a una trampa preparada de antemano, pero yo jamás supuse que aquél fuese el cuartel general de la banda. El resto ya es más fácil. Imaginé, como es lógico, que la imprenta tendría teléfono, y les esboqué el plan.

—Que por cierto salió a las mil maravillas —rió *Mr. Hoover*—. Rodeamos la casa y entonces telefoneamos, cortamos la luz y unos coches emplazados a distancia hicieron sonar las sirenas. ¡Vaya zafarrancho que se armó! Pero no se escapó ni uno. Cinco muertos, seis heridos y otros siete pájaros más que se rindieron, entre ellos *Mr. Wunderlich*, que ya ha confesado el nombre del personaje de Washington.

—¿Quién?

—Arnold Warrens, senador por Illinois. A estas horas ya debe de estar detenido. ¡Buen trabajo, inspector Allerton!

—¿Inspector? Usted sabe que soy un simple agente, *Mr. Hoover*.

—No, no; virtualmente, usted ya está ascendido. Pero no se alegre. Cuando se case con esta señorita, comprobará con desesperación que el nuevo sueldo y otros más altos que vengan ya no le alcanzan a cubrir las crecientes necesidades. Se lo digo por experiencia.

Todos rieron. Dolly, por pura fórmula.

FIN

*Una novela alucinante, donde la emoción
absorbe al lector desde la primera página.
Una aventura inolvidable que le hará
vivir las horas más intensas*

Eso es...

Los muertos no mienten

del famoso y celebrado autor

PETER DEBRY

Los muertos no mienten

será publicada en el próximo número de
la gran Colección

SERVICIO SECRETO

En su título

Los muertos no mienten

se trasluce ya toda la apasionante emo-
ción de esta novela.

¡NO DEJE DE ADQUIRIRLA!

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



**...PARA LEER
El DDT**

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA DE
TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS.

Últimas novedades de EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

- Núm. 273 - María Loe
 * CELINDA
 Núm. 274 - Corín Tellado
 * DE DISTINTO COLOR
 Núm. 275 - María Pilar Carrá
 * AL DESTINO HAY QUE AYUDARLO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCIÓN ROSAURA

- Núm. 113 - Isabel Salas
 * POR UN PISO - ANA BODA
 Núm. 114 - Matilde Redós Chirano
 * SABOTAJE AL CORAZÓN
 Núm. 115 - César de Montemayor
 * HABLÁN LOS CORAZONES

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 4 Ptas.



COLECCIÓN MADREPERLA

- Núm. 169 - Desobel
 * EL RÍO SE LLEVÓ LAS SOMBRAS
 Núm. 170 - Sergio Duval
 * CAUTIVA DEL DESIERTO
 Núm. 171 - L. Masoto
 * AMOR Y LEALTAD

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCIÓN BISONTE

- Núm. 214 - M. L. Estefanía
 * LA LEY DEL RODEO
 Núm. 215 - Joe Bennett
 * UN VAQUERO EN LA CIUDAD
 Núm. 216 - Fidel Prado
 * DEUDA CANCELADA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 4 Ptas.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

- Núm. 78 - Jack Gray
 * GUERRA EN LA JUNGLA
 Núm. 79 - Fred Gorham
 * CRUCIOGRAMAS SANGRIENTOS
 Núm. 80 - Peter Deby
 * LOS MUERTOS NO MIENTEN

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCIÓN AUTORES FAMOSOS

- Núm. 28 - Zane Grey
 * EL VAQUERO NOVATO
 Núm. 29 - Oscar J. Friend
 * DOS VAQUEROS DE TEXAS
 Núm. 30 - Zane Grey
 * SENDAS EN LA ARENA

APARICIÓN BIMENSUAL. PRECIO 16 Ptas.

* Últimos volúmenes aparecidos.

* Volúmenes de próxima aparición.

Precio: 5 pts.



NOTAS

[1] Literalmente, «Quién es quién», publicación anual muy popular en los Estados Unidos, extenso diccionario biográfico referente a cuantas mujeres y hombres poseen alguna significación social en la vida estadounidense. < <